

REVISTA EUROPEA.

Núm. 7

12 DE ABRIL DE 1874.

AÑO I.

CARTAS INÉDITAS

DE

DON JULIAN SANZ DEL RIO.

CARTA III. (1)

Sr. D. José de la Revilla.

Mi estimado amigo: Remito á V. la exposicion adjunta, dejando á cargo de su amistad la direccion que deba llevar.

De la excelente disposicion de nuestra lengua, no sólo á enriquecerse, conservando y áun purificando su carácter propio, sino áun á desarrollar y perfeccionar su carácter especial filosófico (que todas las lenguas le poseen, cada una bajo una forma original más ó ménos cultivada y desenvuelta) acaso escribiré á V. algunas veces. De poco há, he comenzado á reparar más atentamente en ello, y si no me engaño, es este punto en el que se puede ahondar sin término y con grande fruto, si se sabe considerar y tratar. Tengo para mí que si nuestra lengua hubiera continuado viviendo á la altura en que era cultivada por Cervantes, Leon, Granada, Rivadeneira, Mendoza, etcétera, hubiera llegado inevitablemente á su período de cultura filosófica con la misma originalidad, la misma viveza y plenitud de frase, el mismo artificio de detalles que tenia en aquella época. Me parece que las cualidades que hoy le faltan principalmente son viveza, uncion y plenitud interior. Se mira hoy con más estima y se procura perfeccionar lo que constituye el carácter analítico del lenguaje; propiedad individual en las palabras, claridad, precision en la frase, sencillez en el artificio del todo, entera distincion y separacion de las partes. Yo hallo que el modo de pensar general ó filosófico de los hombres que comenzaron dando el tono á esta época actual, ha sido la causa directa de ello. Siendo hoy nuestra Ley fundamental en pensar y en conocer, que no podemos saber un objeto sino analizándolo, dividiéndolo, nuestra palabra es necesario que se revista de este carácter; así, por ejemplo, las partes del lenguaje que significan la relacion interior del pensamiento como un todo continuo, han perdido casi del todo su importancia; lo mismo

las formas de derivacion y composicion de la palabra, que tanta riqueza y plenitud dan al lenguaje: tambien ha perdido mucho de su valor el uso de dos, y aún más, verbos auxiliares, el de los modos condicionales é indefinidos; y todo porque pensamos de tal manera que no sentimos la necesidad, ni hallamos que tenga significacion el considerar y expresar lo que pensamos, en sus partes interiores, es verdad, pero no únicamente en cuanto se distinguen y contraponen entre sí, sino tambien y principalmente en cuanto se enlazan refiriéndose unas á otras y con el todo que pensamos.

Ocorre preguntarnos por qué nuestra lengua ha perdido las cualidades que la distinguan en la que llamamos su edad de oro, y ha venido en el trascurso del tiempo á adquirir otras que son precisamente las contrapuestas. A veces doy en pensar que la época mencionada estaba léjos de ser época de madurez y perfeccion que nos deba servir de modelo en todo (y la mejor prueba de ello es que el buen sentido de nuestros mejores escritores del día no la imita), sino que se desarrolló sólo bajo un aspecto parcial, esto es, como expresion del sentimiento y del carácter humano; mas no bajo la relacion más íntima y fundamental suya, esto es, como expresion del pensamiento y de la razon.—Que el lenguaje toma un carácter enteramente diferente segun que predomina en él alguna de estas relaciones, es cosa evidente, que se muestra sobre todo cuando se observan comparativamente dos ó más lenguas: y en cuanto á la nuestra, parece que hoy predomina en ella más su relacion con el pensamiento que con el sentimiento y el ánimo. Pero tratarla y cultivarla bajo estas dos relaciones á la vez, de modo que la una no dañe á la otra, sino que ántes bien se complete y se perfeccione por ella; más claro, que sea nuestra lengua á un mismo tiempo precisa, clara, enteramente distinta en sí en sus elementos interiores, y coherente, rica, llena de carácter y vida en sus modos, sus composiciones, sus derivaciones, sus conjunciones, etcétera, este género de perfeccion no lo ha tocado todavía; quizá no lo alcanzaremos nosotros; pero me parece que puedo afirmar que camina hácia él, aunque lentamente y tropezando á cada paso con obstáculos que la incultura del espíritu entre nosotros (sobre todo desde principios

(1) Fechada en Illescas á 4.º de Abril, sin indicacion de año.

del siglo) le pone delante. Mas tambien este obstáculo capital desaparecerá poco á poco.

Estoy muy ocupado y no me es posible contestar á tal ó cual indicacion de su carta en vista de la llana y pura amistad que me manifiesta en ella. Ahora que pienso pasar tiempo bastante retirado, no me faltará algun rato en que hablar con V. á toda nuestra satisfaccion.

Es como siempre de V. afmo. a. y s. Q. L. B. L. M.

JULIAN SANZ DEL RIO.

CARTA IV. (1)

Sr. D. José de la Revilla.

Mi señor y estimado amigo: En salvo ya de la agitacion política y del calor madrileño de Julio, escribo á V. recapitulando las veces que me he acordado de V. en estos dias, y para dar desahogo al espíritu, tan harto de alimento político en pocos dias, como ayuno ha estado en muchos años, aunque la sobra presente puede acaso indigestarse tanto como la falta pasada.

Que el sistema represivo y reaccionario elevado desde 1843 á su cuarta potencia debia encontrar tarde ó temprano con su opuesto, estaba en la prevision del espectador imparcial y en la Leyes de toda Historia; porque si el templo antiguo, aún teniendo su Dios dentro, habia caido ante el Dios nuevo de las Ideas, ¿cómo se habia de esperar duracion del nuevo templo barnizado, pero sin Dios, levantado desde 1843? Pero todavía hubiera hallado nuestro pueblo bueno este templo artificial, si la inmoralidad del último Ministerio, y la descarada inconstitucionalidad de todos sus predecesores, no hubiera mostrado que el nuevo edificio es de carton, y que no hay dentro tal Dios, como se miente. Esto lo sabian y sentian todos, y deseaban todo lo contrario. Pero los medios de accion faltaban; nuestro pueblo no sabe organizarse para obrar; la pereza, la desconfianza, el incrédulo Egoismo habian matado el Espíritu comun político. Hubo de salir del seno de la reaccion misma, y de motivos personales, la fuerza militante de oposicion. V. sabe con qué retardo y con cuánta desconfianza se ha asociado la oposicion natural, la que estaba en las cosas, á esta oposicion facticia y de dudosa naturaleza; cómo despues se han amalgamado por coincidencias y respetos personales más que por motivos reales y de tiempo preparados; cómo ha comenzado á funcionar esta nueva *Union* de un modo que ni es francamente revolucionario (como acaso convenia), ni puede ser enérgicamente legal, porque es contra

su naturaleza, ni satisface francamente á los dos fines aparentes del movimiento: *Moralidad y Economía*, fines que, sin perjuicio de los políticos, debian obrar como absolutos.

Por esto yo, que adoptaria sin reserva cualquiera de estos tres caminos, porque todos mostrarian fuerza de accion y carácter sistemático, comienzo á ponerme de punta con el que veo comenzado, y digo para mi sayo: *El pueblo que no es libre ante Dios, no es libre entre los Hombres*; y si, lo que el cielo no permita, tuviera alguna vez que hablar como hombre político, hablaria de oposicion aunque estuviera solo. V., que es pintor, sabe que si se descuida en el dibujo correcto de sus figuras, no bastarán todas las bellezas de detalle, los golpes de luz, la riqueza de los colores para corregir la deformidad capital del cuadro. Así somos nosotros; bellos accidentes, mucha expresion, abundancia de contrastes, pero mal dibujo, poca verdad, poca consecuencia; por esto desamamos nosotros mismos nuestra historia, apenas algunos años han descortezado el barniz exterior. Si el Hombre no tuviera por patria la Humanidad, no querria ser hijo de semejante pueblo.

Sin embargo, y dejando esto, es tal el organismo de la Humanidad, que puede bien en un cuerpo enfermo haber algunos miembros sanos, y pueden estos miembros resistir la enfermedad del todo y comunicarle algo de su salud particular. Digo esto por la Instruccion pública, cuyo organismo puede aprovechar este respiro para recobrar su estado anterior á 1852, que aunque imperfecto, es infinitamente mejor que el presente. Y esto puede V., si no hacerlo, prepararlo é impulsarlo, y á ello le insto cuanto mejor puedo y sé. He dejado á un amigo dos articulos con encargo que los haga publicar en un periódico, aunque sólo contienen indicaciones preventivas, y no explanaciones; pero, pues el caso de un examen público de la cuestion es dudoso que llegue por su camino regular, ó ya se estará *la Revolucion con los muertos*, aprovecho la libertad con que me permite V. hablar de estas cosas para indicarle algo que convendria, segun yo pienso, y aún seria urgente:

1.º Si el reglamento de 1852 es oscurantista en el fondo, falso en la intencion y desautorizado en la forma, como interino y ministerial, puede y debe ser derogado *in solidum* por el Ministro, con restablecimiento del plan de 1850, salvadas algunas enmiendas bien fundadas y los casos de perjuicios de tercero.

2.º Las reformas ó enmiendas podrian referirse: a) á hacer la carrera del Profesorado enteramente independiente de la intervencion minis-

(1) Escrita en Illescas en 5 de Agosto de 1854.

terial: b) á combinar el Profesorado ordinario con el extraordinario ó libre, como único camino éste (junto con la oposicion) para el primero: c) á establecer á lo ménos dos facultades completas de Teología liberal, con supresion de los llamados Seminarios mayores, y de todo grado mayor, salvo ante estas facultades.

3.º El grado de la Enseñanza elemental, comun á todo el pueblo, y el de la superior popular, comun á los dos tercios del pueblo, y combinado con los principios de las artes y oficios, merece tanto interés (social y político en concurrencia) tan completa organizacion en material y personal, tan frecuente visita, pruebas y estímulos, que nada representaria mejor el espíritu del último movimiento que el impulso dado á esta parte primera y capital de la Instruccion pública. Tres puntos me llaman sobre todo la atencion: primero, el combinar para este fin el interés doméstico, el local y el provincial con el del Gobierno, y áun preponderando aquellos sobre éste; segundo, el completar y publicar regularmente la Estadística de la Enseñanza popular; tercero, el aumentar y mejorar las Escuelas normales de Maestros.

No sé si V. querrá entrar en funciones ó en Direccion de funciones en este ramo; pero si le invitan debe aceptar y remar otro poco, ahora que el viento no es contrario; entónces puede apreciar estas y otras indicaciones que V. se sabe mejor que yo.

Soy de V. afmo. a. y s. Q. L. B. L. M.

JULIAN SANZ DEL RIO.

JOHN STUART MILL.

(Conclusion.) *

Sterling era en aquella época ferviente cristiano; era por temperamento, como él mismo decia, *teopático*. Habia abrigado recientemente opiniones algo evangélicas, y se estaba preparando para ser ordenado; paso que dió más adelante, y del cual se arrepintió. Maurice permaneció hasta lo último fiel ministro de la iglesia anglicana, á quien atribuye el mismo Mill capacidades de generalizacion y de pensamiento superiores á los del mismo Coleridge; y ciertamente ningun hombre ha hecho tanto en nuestros tiempos por reconciliar los más altos resultados de la indagacion filosófica con las verdades del cristianismo y los dogmas de la iglesia; resultado que Mill atribuye á timidez de conciencia y sensibilidad de temperamento. A esto

puede añadirse que durante esta época de su vida, Mill estaba derivando mucho de Coleridge, Goethe, y otros escritores alemanes; y á la llegada de Carlyle á Londres en 1832, era uno de aquellos que más experimentaron la influencia de aquel hombre extraordinario, á quien los benthamistas miraban como á un místico. Nos acordamos, como si hubiese sido ayer, de una escena curiosa que se verificó en casa de John Austin, poco despues de la llegada á Londres de Carlyle. La conversacion vino á girar, como sucedia con frecuencia entre aquellos filósofos, sobre la falta de evidencia respecto á la intervencion de una deidad previsora y de una Providencia en la marcha del mundo. Carlyle escuchó en silencio por algun tiempo, y por fin exclamó en el dialecto dórico que le era peculiar: «Eso fuera reducir la música creadora é infinita del universo al estruendo monótono de un enorme molino movido por la corriente de la casualidad y flotando sobre ella; un molino sin constructor ni molinero, moliéndose á sí mismo con un movimiento perpétuo.» Los acentos del veedor sonaron, al parecer, como la voz del destino. Y aunque se descubrió al dia siguiente que el párrafo entero no era original, sino que se halla en las obras de Novalis, no se podia ménos de admirar el valor con que arrojó aquel reto en cara á aquellos descreidos. Bien podia decir John Mill de Carlyle: «No pude nunca abarcarle completamente, ni tuve nunca la conviccion de haberle dominado, hasta que me fué interpretado por un sér muy superior á los dos, más poeta que él y más pensador que yo, cuya propia mente y naturaleza incluia la suya, é infinitamente más.» (Pág. 176.)

¿Quién era, pues, este sér tan extraordinario? Pronto lo descubriremos; por ahora sólo hablamos de los mortales.

La sociedad de que hemos hablado no dejó de ejercer cierta influencia en Mill. En efecto, confiesa que la corriente del pensamiento europeo, es decir, del pensamiento continental, y especialmente la de la reaccion del siglo XIX contra el XVIII, se le iba introduciendo á torrentes, y manifiesta en los siguientes términos las conclusiones á que le condujo:

«Que el espíritu humano está sujeto á cierto orden de progreso posible, segun el cual algunas cosas tienen que preceder á otras, orden que los gobiernos é instructores públicos pueden modificar hasta cierto punto, aunque no de una manera ilimitada: que todas las cuestiones que se refieren á instituciones políticas son relativas, no absolutas, y que períodos distintos del progreso humano no sólo requieren, sino deben tener instituciones distintas: que el gobierno está siempre, ó en manos, ó pasando á manos de aquel partido que ejerce mayor influjo en la sociedad, y que este influjo no depende de las instituciones, sino éstas de aquel: que toda teoría general ó filosofía de

* Véanse los números 5 y 6, páginas 140 y 167.

la política supone una teoría previa de progreso humano, y que esto es lo mismo que una filosofía de la historia.»

Acababa por entonces John Austin de regresar de Bonn, en donde había estado preparando su disertación sobre Derecho romano para la universidad de Londres, y volvió muy cambiado por las obras de literatura alemana que había leído, y por lo que había visto de la sociedad alemana. Su carácter personal se había ablandado notablemente; era ménos agresivo y ménos discutidor; sus gustos se inclinaban más hácia lo poético y lo contemplativo. Ni podemos por ménos de observar, por más que se haya escapado de la memoria de Mr. John Mill, que la distinguida é ilustrada esposa de John Austin, digna compañera de estas inteligencias robustas, había sido para Mill, desde su más tierna edad, una madre y cariñosa amiga (al dirigirle la palabra él siempre la daba el afectuoso apelativo de *mutter*); que le había prodigado constantemente aquella especie de profunda estimación que tanto y tan noblemente influye en la educación, y que debía á ella el cultivo de la parte más amable de su carácter. Fué con los Austins con quienes tuvo Mill mayor comunidad de sentimientos y afectos. A medida que Austin iba avanzando por la senda de la vida «fomentaba más y más una especie de religión alemana, una religión de poesía y sentimiento, sin mezcla alguna, ó con muy poca, de dogma positivo; mientras que en política (y fué en esto precisamente en lo que más me diferenciaba de él) llegó á adquirir una indiferencia, que casi rayaba en desprecio, por todo lo que sabia á progreso de instituciones populares... Profesaba gran falta de respeto á lo que él llamaba «los principios universales de naturaleza humana de los economistas políticos», é insistía en la evidencia que ofrecen la historia y la experiencia diaria de la «flexibilidad extraordinaria de la naturaleza humana» (frase que en alguna parte de mis escritos he tomado de él); y no creía posible poner límites á las capacidades morales que podrian desarrollarse en la humanidad, bajo una dirección ilustrada de las influencias sociales y doctrinales.»

Austin dijo poco ántes de morir: «Creo que si viviese lo suficiente, acabaría por hacerme también cristiano.» Y en efecto, la marcha que seguían sus meditaciones tendía resueltamente hácia una tolerancia más ancha y una fe más determinada. Hay algo de patético en los esfuerzos que hacían estos hombres por remontarse por cima de las ideas mezquinas de su primer descreimiento á una atmósfera más pura, y en muchos de ellos no fueron vanos dichos esfuerzos. En efecto, tan lejos estaba el benthamismo de fundar una escuela, que pereció con sus primeros discípulos: no se sabe hoy de sér alguno que pueda llamarse ben-

thamista de la segunda generación, y ni aún los que quedan de la primera pertenecen hoy á aquella escuela. Sin embargo, éstos fueron los hombres que inauguraron su vida con una teoría que debía reunir en torno suyo á todas las mentes educadas y regenerar al mundo. Cincuenta años han pasado desde entonces; ¿y dónde está ahora su teoría? No les duró ni la mitad de su vida. El mismo John Mill se había salido del gremio. El anciano Mill permaneció fiel á su descreimiento, denunciando con vehemencia salvaje á los que habían desertado de sus filas. Si John Mill hubiese seguido la libre é incontrastable inclinación de su desarrollo filosófico desde este punto de su vida, ó si hubiese caído en manos distintas de las que más adelante le encadenaron, creemos que hubiera podido llegar á resultados mucho más elevados y más seguros en la ciencia moral y metafísica que los á que realmente llegó.

Pues con razón puede afirmarse aquí, que una de las peculiaridades más distintivas de John Mill fué lo que, á falta de otro término más sencillo, debemos llamar su *capacidad receptiva*. Pocas veces ha estado un pensador tan poderoso, tan sujeto, sin conocerlo, á la influencia casual de otros; pero en él podía más la simpatía que la individualidad: predominaba en él el principio mujeril que recibe la impresión sobre el poder varonil que la comunica. De aquí la circunstancia de que durante toda su vida, siempre que estuviesen excitados sus afectos y sus simpatías, les siguieran sus opiniones. Siendo en un principio benthamista entre benthamistas (pues no conocía otra sociedad), le hemos visto luego convertido, bajo la influencia de la poesía y de la amistad, en algo no muy apartado de Sterling y Maurice. De esta suerte pasó sucesivamente bajo la influencia de los Sansimonianos, los positivistas y los socialistas, cada una de las cuales pudiera identificarse con algún conocimiento personal, y de cada una de estas escuelas con excéptica imparcialidad tomó algo y rechazó lo restante. Estaba siempre dispuesto á formar una opinión exagerada de las personas á quienes apreciaba: la confianza y el conocimiento íntimos que tenía de sí mismo se sentían halagados y aplacados por el trato con los que reflejaban sus propias doctrinas; y solía á veces, lleno de buena fe, describir como hombres de la mayor eminencia á personas de mérito muy secundario (fuera odioso el nombrarlos), las cuales no tenían en verdad otra recomendación que la de ser sus acólitos. De las personas más íntimamente relacionadas con él mismo, su padre y su mujer, habla en términos de extravagante elogio. Su padre no dejó «semejante entre los hombres, y sólo uno entre las mujeres»; y así por este estilo. Es menester que tenga un hombre una idea muy imperfecta de la sociedad y del género humano cuando se deja engañar de tal modo por la magnitud de ciertos objetos, únicamente por la proximidad en

que se hallan respecto de él. El mundo abunda en gentes de notable fuerza de carácter y habilidad; pero dudamos mucho del genio trascendental que suelen encontrar los hombres en sus parientes y amigos más cercanos. Esta misma tendencia amigable fué también fatal para su imparcialidad como crítico. La mayor parte de sus juicios críticos literarios fueron inspirados por el deseo de dar á conocer el mérito de algun amigo, y en todos ellos se descubren predilecciones personales, mucho más marcadas, justo es confesarlo, que sus antipatías, pues estaba casi completamente exento de malicia; y en la discusion se mostraba contrincante noble y generoso.

Es siempre la misma historia, la lucha por descifrar los enigmas de la vida, escritos en caractéres que aún no hemos aprendido á leer, que es lo mismo que tratar de abrir una cerradura con una llave que no se le ajusta. Desde el albor de la filosofía, desde los sofistas de la Grecia, hasta los mágicos de la Edad Media, háyase buscado la verdad detrás del velo de Isis, ó en las escuelas de Oxford, el resultado ha sido el mismo en el alma del desengañado explorador, quien, como Fausto, se aparta de estas fantasmas del cerebro para entregarse al culto de la naturaleza, ó por un impulso sensual, á halagos más groseros. El gran poeta alemán ha trazado con mano maestra el ciclo de este drama eterno, que pudiera compararse, escena por escena, con las páginas y los incidentes de la autobiografía de Mill. Hay en ambos la misma laxitud producida por la acumulacion de conocimientos y saber, el mismo reflejo visionario de simpatía hácia la suerte futura del linaje humano, que decae por fin en lo que pudiera llamarse una pasión vulgar, si no tuviese esa clase de pasión el poder increíble de glorificar el objeto que la fomenta. Mesfistófeles exclama, al ver á su víctima lanzarse en persecuimiento de la mariposa que está destinada á perecer en sus manos, que el hombre que se halla en tal disposición de ánimo cree ver á Elena en cualquiera mujer:

«Du siehst mit diesem Trank im Leibe
Bald Helenen in jedem Weibe.»

Creemos que Mill fué víctima de semejante alucinación; pero le duró todo lo restante de su vida; cuarenta años no bastaron para desvanecerla; el matrimonio no fué parte á disminuirla, ni la muerte á interrumpirla; y en esta autobiografía ha legado á la posteridad un recuerdo de la mujer en quien concentró todos sus afectos, del cual nos atreveremos á observar únicamente que, si fuera verdad lo que dice, la colocaría por cima de todos los hombres y las mujeres que han existido en el mundo. De aquí en adelante su vida es una novela, y la misma invención fantástica apenas se arriesgaría á presentar tan atrevida creación imaginaria.

No nos cumple pronunciar fallo alguno tocante á

las relaciones que existieron entre Mill y una señora, la cual estaba, cuando él empezó á tratarla, casada con otro hombre, á quien pinta como persona «íntegra, valiente y digna, pero falta de los gustos artísticos é intelectuales necesarios para hacerle digno compañero de tal mujer.» Si no nos equivocamos, era dueño de una droguería situada en uno de los barrios de Londres. Por entónces tenía Mill veinticinco años, y la señora dos años ménos que él. La opinion de estas dos personas acerca de las obligaciones morales, diferian en gran manera de las que están basadas en los principios cristianos, y que por regla general están admitidas en toda sociedad cristiana. Hablando de su padre, dice Mill: «En cuestiones de ética, sus sentimientos morales eran enérgicos y severos en lo que se refiere á todos los puntos que él consideraba como importantes para el bienestar de la humanidad, siendo al mismo tiempo completamente indiferente (aunque sin manifestar esta indiferencia en su conducta personal) en cuanto á todas las doctrinas de la moralidad comun que creia fundadas únicamente en el ascetismo y las supercherías del clero, (pág. 107).» Él mismo expone las opiniones de la susodicha señora acerca de estos asuntos tan delicados en los términos siguientes:

«Sentia vivísima indignacion hácia todo lo que habia de brutal ó despótico, de falso ó deshonesto en la conducta ó el carácter de una persona, pero haciendo siempre una enorme distincion entre lo que era *mala in se* y lo que era meramente *mala prohibita*, es decir, entre actos que ofrecen evidencia de maldad intrínseca, de sentimientos y carácter, y aquellos que no son más que violaciones de convicciones buenas ó malas, violaciones que siendo en sí buenas ó malas, pueden ser cometidas por personas, por lo demas muy dignas de cariño y respeto.»

Siendo estos los principios de su padre y de la señora que (después de la muerte de su primer marido) fué su mujer, y estando conformes con las doctrinas del sistema utilitario, es lógico suponer que Mill no veia obstáculo alguno en los lazos muy íntimos que le unian á esta persona. Cuando el profeta Mahoma se hallaba enredado en alguna dificultad moral, anunciaba á sus secuaces que el arcángel Gabriel acababa de inspirarle un nuevo capítulo del Koran que le sacaba del apuro; en circunstancias análogas, Mill añadió uno ó dos artículos al credo utilitario. Pero Mill poseia una alta idea del honor, y no creemos que se dejó arrebatado hasta el punto de degradar á la mujer á quien amaba, ni podemos creer tampoco que, si lo hubiese hecho, hubiera permanecido inquebrantable su intimidad durante el resto de su vida. Esta señora fué para la imaginacion de Mill lo que Madame de Warrens fué para Rousseau, después de haberle

cuidado durante una peligrosa enfermedad en Les Charmettes, y debemos suponer que no se hubiera excusado de describir su intimidad en los mismos términos.

«Si hay un sentimiento delicioso en la vida es el que experimentamos al vernos nuevamente unidos en amistoso lazo. Nuestro mutuo afecto no aumentó por eso; eso no era posible; pero adquirió un no sé qué de más íntimo, de más tierno en su gran sencillez. Llegué á ser completamente hechura suya, completamente su hijo, más aún que si ella hubiese sido mi propia madre. Empezamos, sin pensarlo, á no separarnos, á hacer en algun modo vida comun, y sintiendo que recíprocamente teníamos, no sólo necesidad el uno de la otra, sino que nos bastábamos á nosotros mismos, nos acostumbramos á no pensar en nada ajeno á nosotros, á limitar absolutamente nuestra dicha y todos nuestros deseos á esa posesion mutua y tal vez única entre los humanos, la cual no era, como ya he dicho, la del amor, sino una posesion más esencial, que sin depender de los sentidos, del sexo, de la edad, de la figura, dependia de todo aquello que da individualidad al sér humano y que no se puede perder sin dejar de existir.» (Rousseau, *Confessions*, livre v.)

El lenguaje en que habla Mr. Mill de su amiga no es ménos apasionado: la describe precisamente en el mismo estilo que Rousseau hubiera empleado, y con un ardor que contrasta con su acostumbrada frialdad y moderacion de estilo. En cuanto á la señora en sí, á quien coloca de esta suerte en la cumbre de la perfeccion su amante apasionado, sólo podemos decir que ninguna otra persona, de cuantas hemos tratado entre sus conocidos, halló en ella tan distinguidas prendas. Fué probablemente una mujer de tacto, con alguna originalidad, y muy amante de Mill; pero sospechamos que los sentimientos y las ideas que admiraba tanto en ella no eran más que el reflejo de sus propios sentimientos é ideas. Disfrutaron de lo que llaman los franceses *l'egoisme à deux*; pero creemos que el efecto de este sistema de vida fué en extremo perjudicial para Mill, moral é intelectualmente considerado, puesto que le separó completamente de la sociedad; y concentró sus ideas y observaciones dentro de un círculo muy limitado.

Por el año 1841, Mr. Mill nos refiere, que habiendo dejado de tomar parte activa en la política de actualidad, y no teniendo ocupacion alguna literaria que le obligase á mantener relaciones particulares con otras personas, «pudo satisfacer la inclinacion, natural en toda persona pensadora que ha pasado la edad de la vanidad juvenil, de limitar su trato á la sociedad de poquísimas personas.» Y al hacer esta afirmacion añade que «la sociedad, tal como se halla hoy cons-

tituida en Inglaterra, es cosa tan insípida, que se sostiene por cualquier motivo ménos por el entretenimiento que ofrece;» y que «hoy día, la mayor parte de las personas de alguna elevacion intelectual que la frecuentan, lo hacen con tan poca insistencia y tan de vez en cuando, que más bien parece que tratan de alejarse de ella por completo.» Y remata esta declaracion extraordinaria con la siguiente máxima altanera: «que una persona de elevada inteligencia no debiera nunca frecuentar la sociedad de personas poco instruidas, como no fuera con el carácter de apóstol; y sin embargo, que esta es la única persona de ideas elevadas que puede frecuentarla con alguna seguridad.» La verdad es, como puede deducirse de la extravagancia de estas opiniones, que Mill no vivió jamás en lo que pudiera llamarse verdaderamente sociedad, y esta fué una de las mayores desgracias de su vida. Sus modales eran encogidos, y se notaba en ellos cortedad y torpeza. Sus facultades oratorias, aunque muy notables en la discusion, eran completamente didácticas y propias para la controversia. Carecia completamente de humor y amenidad en el habla; ni daba importancia alguna á los asuntos de la vida íntima. Habia nacido y se habia criado en un pequeño círculo de personas de opiniones extremadas, á las cuales consideraba como seres superiores, y huía al parecer todo contacto con los mortales ordinarios. En sus últimos años le dió por afectar en cierto modo la vida de un profeta, rodeado de un círculo de admiradores, los cuales le tributaban con largueza aquella especie de incienso tan grato á los profetas. No tenia ni el gracejo ni la viveza que adornan las clases más altas de la sociedad, ni aquella amabilidad y deseo de agradar que prestan encanto á las clases inferiores. La virtud de la humildad, como lo prueba su biografía, le era completamente desconocida. Entregado al exámen especulativo de verdades abstractas ó falacias, encerrando sus afectos en los límites más estrechos, la humanidad era para él una cosa abstracta más bien que una realidad. No sabia nada del mundo, y muy poco del juego y la elasticidad de la naturaleza humana. Su filosofía hubiera ganado inmensamente con haberse él dignado bajarse á la tierra y vivir con los hombres y mujeres tales como son; pero esta fué una leccion que nunca aprendió; fué un libro cuyas hojas nunca abrió. Además, la tendencia natural de su índole al aislamiento aumentó con las circunstancias especiales en que desgraciadamente se habia colocado.

Las casas que más frecuentaba en su juventud eran las de Mrs. Grote, Mrs. Charles Buller (la madre de sus amigos Charles y Arthur Buller) y Mrs. John Austin; y aunque la sociedad de las personas con quienes alternaba en ellas era más bien demasiado análoga á sus propias opiniones, sin embargo, las amistades que trabó entre ellas, la jovialidad y cul-

tura que reinaban en sus tertulias, y sobre todo la influencia de aquellas mujeres distinguidas, que le trataban con el mayor cariño, le hubiera podido ser de gran provecho, y creemos que no se mostró insensible hácia ella. Pero desde el momento que se entregó á lo que él llama «la amistad más preciosa de mi vida», estos lazos se rompieron. Por grande que fuera el aprecio que inspiraba Mill á aquellas señoras, no era posible que patrocinasen ó se tratasen con una mujer que se había colocado en una situación tan equívoca. Ella, como todas las mujeres que se encuentran en lucha con la sociedad, y que han arrosado las preocupaciones y leyes sociales, se resentía del aislamiento en que su conducta la había colocado, tanto más cuanto que sostuvo siempre que no hubo nada criminal en sus relaciones con Mill. Como era natural, Mill se puso de su parte; y en efecto, se dejó dominar completamente por ella, y el resultado fué una separación completa del trato con algunas de las personas con quienes hasta entonces había vivido en mayor intimidad. Tan acerbo fué el sentimiento que este suceso le causó, que bajo ninguna condición quiso consentir que se reanudasen aquellas relaciones, ni aún por escrito.

No hay guía más peligrosa para un hombre que una mujer á quien quiere con pasión, y que haya roto con todas las consideraciones que impone la conveniencia social, cuando no la obligación moral. Su mente está en rebelión contra todas las opiniones admitidas; trata siempre de plegar todas las máximas y principios á fin de disculpar sus extravíos; y se figura que la humanidad entera está conjurada en una conspiración de hipocresía y superstición contra ella. Mr. Mill nos informa que sus célebres tratados sobre «La libertad» y la «Dependencia de la mujer,» que él considera como las más acabadas de sus obras, fueron el fruto, no tanto de su propia mente, como de la mujer que le había inspirado una pasión tan indomable. No lo ponemos en duda siquiera. El objeto principal del primero de estos tratados no es otro que el de probar que «el único fin que autoriza á la humanidad á intervenir en la libertad de acción de cualquiera de sus individuos es el de la propia conservación: que el único objeto con que se puede emplear legítimamente la fuerza contra cualquier individuo de una comunidad civilizada contra su voluntad, es el de impedir que ofenda á los demás; y que para justificar semejante compulsión ó castigo, debe calcularse que su conducta pueda perjudicar á otra persona; de sí mismo, de su cuerpo y su alma, el individuo es dueño absoluto»; se entiende, por su puesto, ya sea por bien ó por mal. Este principio de moral nos parece falso y detestable, pues significa que ninguna acción es mala ó perversa en sí, sino únicamente en cuanto tiende á perjudicar á otra persona; y que las penalidades con que castiga la sociedad las acciones que considera

como inmorales en sí son injustas. Pero no entra ahora en nuestro propósito discutir este punto, sino indicar únicamente, como condición característica de la vida y conducta de Mill, que esta doctrina brotó en su mente (así como otras muchas opiniones suyas, aunque tal vez inconscientemente) nacida de una simpatía personal, y el principio que defiende en su autobiografía es precisamente aquel que tiende á encubrir acciones ilícitas, que pueden ser pecaminosas, aún cuando no causen á los demás ningún perjuicio ni pérdida real alguna. Asimismo, su tratado sobre la «Dependencia de la mujer» está evidentemente inspirado por una experiencia muy limitada de la posición que ocupan y la influencia que ejercen las mujeres en la sociedad, por una ignorancia completa de la verdadera vida doméstica, y por un deseo de desligar á la mujer de las obligaciones permanentes del lazo conyugal y de su natural condición. Este modo de pensar se deja ver en todos los trabajos posteriores de Mill; fué causa de que se interesase, no sólo hondamente, sino personalmente en las doctrinas de los Sansimonianos y los Comtistas, y de que cambiase completamente de opinión respecto de los principios fundamentales de la moral; y le llevó, por último, á lo que él llama un socialismo modificado, así en lo que concierne al matrimonio como en lo que se refiere á la propiedad. El asunto es de naturaleza tan delicada, que ningún crítico, al censurar sus obras, se hubiera atrevido á indicar el verdadero origen de sus doctrinas, si él no hubiese relatado en términos por demás explícitos la clase de vida que le impulsó á adoptarlas. Pero es imposible leer los trozos apasionados que dedica á su Egeria, sin confesar que, por poderosa que fuera su inteligencia, lo eran aún más sus pasiones, y que hubiera sido capaz de sacrificar á ellas las leyes que constituyen la base de la sociedad, empleando entonces toda la sutileza de su facultad dialéctica á fin de justificar esa acción; no con objeto de engañar al mundo, sino de engañarse á sí mismo.

Esta apreciación de la carrera de Mill, y de la causa de su recaída en el exceso de la infidelidad, no es una hipótesis nuestra. Él mismo da cuenta en términos bien claros de lo que llama su «tercer período.»

«En este tercer período (como puede llamarse) de mi desarrollo moral, el cual iba de concierto con el de ella, mis opiniones se iban ensanchando á la vez que profundizando; iba entendiendo más cosas, y las que ya entendía las iba comprendiendo mejor. Me había curado completamente de lo que había de exageración en mi reacción contra el benthamismo. En el apogeo de aquella reacción había llegado á ser mucho más indulgente para con las opiniones vulgares de la sociedad y del mundo, y más dispuesto á contentarme con secundar el mejoramiento superficial que había empezado á realizarse en aquellas opiniones vulgares, de lo

que correspondia á un hombre cuyas convicciones, acerca de tantos puntos, estaban en desacuerdo tan fundamental con ellas. Estaba mucho más dispuesto de lo que puedo aprobar ahora á sofocar la parte más resueltamente herética de mis opiniones, que es la que considero hoy como casi la única cuya afirmacion tiende en manera alguna á regenerar la sociedad. Pero además de esto nuestras opiniones eran mucho más heréticas de lo que habian sido las mías en la época de mi benthamismo más exagerado. En aquella época penetraba yo poco más allá de donde llegaba la vieja escuela de los economistas políticos en materia de la posibilidad de un mejoramiento fundamental en el orden social. Consideraba, como ellos, la propiedad privada, como ahora se entiende, y la herencia como la última palabra de la legislacion: y no aspiraba más que á mitigar las desigualdades que son consecuencias inevitables de aquellas instituciones, suprimiendo la primogenitura y la vinculacion. La idea de que fuera posible extirpar más completamente la injusticia (pues injusticia es, tenga remedio ó no) que implica el hecho de nacer unos cuantos para ser ricos y la inmensa mayoría para ser pobres, la juzgaba entonces quimérica, y sólo esperaba que por medio de la educacion universal, que da por resultado la limitacion voluntaria de la poblacion, la suerte de los pobres podria llegar á ser más sufrible. En suma, era demócrata, pero en manera alguna socialista. Eramos ahora mucho menos demócratas de lo que yo habia sido, porque una educacion tan larga llega á ser tan atrocemente imperfecta, que temíamos la ignorancia y especialmente la brutalidad de las masas; pero nuestro ideal de mejoramiento ulterior iba mucho más allá de la democracia, y sin duda daria lugar á que se nos clasificase bajo la calificacion general de socialistas. Mientras repudiábamos con la mayor energia aquella tirania ejercida por la sociedad sobre el individuo, que se supone implica la mayor parte de los sistemas socialistas, no desesperábamos de ver rayar un dia en que la sociedad no estará dividida en ociosos y trabajadores; en que la máxima de que no comerán los que no trabajan, no se aplicará sólo á la clase proletaria, sino á todos imparcialmente; en que la subdivision del producto del trabajo, en lugar de depender, como sucede hoy en tan gran escala, de la casualidad del nacimiento, se haga de consuno segun un principio reconocido de justicia; y en que no será, ni se juzgará imposible el que se esfuercen los hombres en procurar beneficios que no habrán de ser exclusivamente suyos, sino de los cuales tendrá que participar la comunidad de que forman parte. Considerábamos que el problema social del porvenir habia de ser el de conseguir el modo de reunir la mayor libertad de accion individual con una propiedad comun en la materia bruta del globo, y con una participacion igual de todos los individuos de la comunidad con los beneficios del trabajo combinado.»

En todas las partes de esta autobiografia, la educacion del pueblo se considera como la gran panacea por la cual se han de conseguir estos resultados, y Mr. Mill da como una de las razones en que se funda su ódio á los nobles y los ricos en la constitucion inglesa, la de que la educacion y el mejoramiento de la masa del pueblo son contrarios á los intereses de aquellas clases. Hasta llega al extremo de decir que deseaba ardientemente que las doctrinas Owenistas, Sansimonianas, y *todas las doctrinas contrarias á la propiedad, se propagaran extensamente entre las clases bajas*, no porque creyese verdaderas aquellas doctrinas, sino á fin de que las clases altas pudieran hacerse cargo de que tienen más que temer de los pobres cuando no están educados que cuando lo están. (Pág. 172.) No hemos leído jamás un trozo de sofistería más diabólica. ¡Cómo! las clases pobres han de ser alimentadas con mentiras, por la razon de que estas teorías falsas y dañinas les han de hacer más temibles para la sociedad. Ciertamente las clases altas en nuestro país no se han manifestado hostiles ó indiferentes á la educacion del pueblo. Merced á sus esfuerzos voluntarios durante los últimos treinta años han llenado el país de escuelas, y escuelas, gracias á Dios, en que no se enseña la filosofia de Mr. Mill, sino por el contrario, una fe diametralmente opuesta á ella. ¿Qué educacion les hubiera dado él? ¿Qué ha hecho en su vida por adelantar su educacion en cualquiera sentido, capaz de convertir al labriego y al artesano en hombres mejores y más felices? Es evidente que el estímulo de la educacion que él les hubiera querido dar hubiera sido, no el amor de las clases bajas, sino el ódio á las clases altas; y el resultado hubiera sido el sacrificio de todas las clases indistintamente, merced á la propagacion de doctrinas que tienden á la subversion de toda propiedad, religion y ley.

Es digno de reparo el hecho de que Mill y la mayor parte de sus compañeros de escuela, mientras profesaban un interés grande por el futuro bienestar del género humano, y á la vez un ódio grande contra las clases altas de la sociedad, tal como hoy se halla constituida, no ocultan jamás su falta de simpatía, y realmente su desden arraigado «hacia la multitud de personas sin educacion que hoy componen las masas trabajadoras, y hacia la inmensa mayoría de sus amos.» Animados de estas ideas, que en efecto condenan todas las formas existentes de la sociedad, así la alta como la baja, á la completa destruccion, relegando á una misma suerte, tanto la propiedad como el trabajo, bien puede suponerse que estos entusiastas «considerasen todas las instituciones y combinaciones sociales existentes como meramente provisionales» (pág. 234); pero en ninguna parte nos presentan otras con que sustituirlas. Mill nos asegura, y nosotros le creemos, que en lo tocante á estos asuntos su propia inteligen-

cia estaba completamente dominada por la de su extraña compañera.

«Aquellos trozos de mis escritos, y especialmente los que se refieren á la economía política, y que preven eventualidades en lo futuro, tales como los que, siendo sostenidos por socialistas, han sido ferozmente combatidos en general por los economistas políticos, á no ser por ella, ó no hubieran sido publicados, ó las sugerencias se hubieran hecho con más timidez y en una forma más templada.»

La señora Mill (tal había llegado á ser por entónces) falleció en Avignon en 1858. Hay algo de patético en las palabras con que él describe su pérdida.

«Compré una casita de campo situada lo más cerca posible del sitio donde murió; y allí su hija (mi compañera de padecimientos y ahora mi único consuelo) y yo, vivíamos constantemente durante una gran parte del año. Los objetos de mi vida son exclusivamente los que fueron suyos; mis esfuerzos y ocupaciones los en que ella tomaba parte, ó con los cuales ella simpatizaba, y que están indisolublemente unidos á ella. Su recuerdo es para mí una religion, y su aprobacion la regla que, resumiendo como resume en sí todas las excelencias, sirve de norma á mi vida.»

Pero aún en esto, ¡cuán extraño y horrible es el efecto de las opiniones de Mill acerca de la naturaleza del hombre! ¡Cuán contados son los hombres que pueden estarse al borde de la tumba de la persona á quien más han amado, sin abrigar la creencia de que aún no ha acabado todo, y que todavía sobrevive algo que perpetúa el sentimiento interior del amor! Mill no manifiesta abrigar sentimiento alguno de esta índole. Su recuerdo, dice, era una religion para él; pero este sentimiento se concentraba de un modo bien extraño, como el de los budhistas chinos, enteramente en sus restos materiales. El sitio donde fué sepultada, el aposento en que murió, los muebles que había usado, eran reverenciados por él por sus asociaciones. Los veneraba como las reliquias de una santa; pero sin concebir nada más allá. Sin embargo, para cualquiera que se forma un concepto elevado, ya sea en sentido religioso, ya en sentido filosófico, de la índole de su propia mente, de sus propios deberes, de sus propios afectos, considerando al hombre como un sér de vasta reflexion, que mira adelante y atrás, ¡cuán imposible le es limitar su propio destino, ó el de las almas humanas, á un breve espacio de vida imperfecta y á una tumba! Hasta Mr. Buckle llegó á formarse una idea más elevada de la inmortalidad del alma; pero fué despues de volver del entierro de su madre. Para Mill parece que el pesar más agudo no tenía esperanza ni consuelo. Sin embargo, tal es la conclusion á que

tiende su enseñanza á reducir á la humanidad. La última prueba de la incompatibilidad entre el materialismo y cualquiera filosofia es «la que nos enseña (para emplear las palabras de Burns) la existencia de un Dios que hizo todas las cosas, la naturaleza espiritual é inmortal del hombre, y que hay una vida de felicidad ó pena más allá de la muerte y del sepulcro.»

Fuera inoportuno aquí, ni nos permite la extension de este artículo, detenernos ahora á examinar todos los extensos trabajos de Mill; y confesamos que de todas sus obras su autobiografía es la que más interés nos inspira. Pero justo es confesar que su *Tratado de Lógica* es una obra de grandísimo mérito, digna de ocupar un rango permanente en la literatura. Es una obra científica de mano maestra, exenta en su mayor parte de los errores y vacilaciones de opinion que afean no pocas de sus disertaciones. El mismo Mill atribuía la mayor importancia á la lógica de las escuelas, como la parte que tiende á formar pensadores exactos que no se dejan engañar por términos vagos y ambiguos. Él colocaba este arte, en que sobresalía, muy por encima de la tan cacareada influencia de las matemáticas. Podrá ser. Con todo, es imposible borrar de la mente la reflexion de que este era un hombre que se jactaba de haber llevado á la mayor perfeccion el arte de raciocinar y la investigacion científica de la verdad, el cual, sin embargo, vino á parar en convicciones las más opuestas á los grandes principios de la sociedad, la moral, la religion y la vida doméstica, llegando á ser esclavo de una multitud de pasiones é ilusiones fantásticas, y la ruina de lo que en un principio prometia ser.

Acerca de los escritos de Mr. Mill sobre economía política, basta decir que él mismo los consideraba como contribuciones pasajeras á una ciencia indeterminada. Cada nueva edicion era distinta de la que la había precedido, y aún cuando Mill se había educado en la escuela rigurosa de Ricardo y Mill padre, quien en lo tocante á esta materia era tan profundo como ilustrado, John Mill llegó á predicar herejías que hubieran llenado de asombro á sus maestros. Su padre había tratado de edificar la sociedad sobre lo que él consideraba como el principio egoista de la naturaleza humana: el hijo aspiraba á una reforma radical de la misma naturaleza humana, con la cual pensaran los hombres más en el bien de la comunidad que en el del individuo. En suma, segun él mismo lo declara abiertamente en su autobiografía, las doctrinas de sus últimas obras sobre economía política son esencialmente socialistas. Para ser justos con James Mill (el padre), debemos decir que, á pesar de su radicalismo, estamos convencidos de que hubiera preferido sufrir cualquiera pena ántes que haber inculcado doctrinas tan perniciosas á la sociedad y tan fundamentalmente opuestas á todos los verdaderos principios de la ciencia económica.

Por uno de aquellos generosos impulsos que honran al pueblo británico, se propuso de improviso y se resolvió elegir á John Mill miembro de la Cámara de los Comunes por el distrito de Westminster en el Parlamento de 1865. El partido liberal le tenía por un gran pensador y escritor; habia pasado una gran parte de su vida en Westminster, y hubo un noble deseo de elevar el tipo de los representantes, eligiendo á un hombre de eminentes facultades intelectuales. Fué elegido con las condiciones que él mismo exigió, es decir, libre de gasto en lo que concernia á su propio bolsillo, y en libertad para descuidar por completo los asuntos locales de sus electores. Dudamos mucho de que hubiese una docena de sus partidarios que supiesen realmente cuáles eran sus principios ni qué conducta iba á observar en el Parlamento. Así es que á la edad de sesenta años próximamente se halló por primera vez en contacto real con la vida política inglesa. En un principio la Cámara le solia escuchar con curiosidad y respeto, pues sus discursos tenían el sello de la reflexion y del esmero; pero dudamos mucho de que contribuyese materialmente á reforzar el partido que apoyaba con su elocuencia. Pero mucho más notable fué el efecto que produjo en él. No habia nada comparable al interés apasionado con que seguia los debates, aun cuando no tomaba parte en ellos. Siempre se le veia en su asiento. El recluso de veinte años, á quien á la sociedad nada era poderoso, se sumergió con ánsia en la hirviente atmósfera de la Cámara de los Comunes; y la mejilla pálida del hombre de letras se enrojecia con el entusiasmo ó el resentimiento del hombre político. Se volvió profundamente sensible á los ataques de la crítica y de la oposicion, y dió señales de vanidad ó de confianza en sí mismo; cualidades que hasta entónces nunca se habian notado en él. La verdad es que, aunque tarde en amar y tarde en política, la índole fogosa del hombre rompió por fin la valla, y le llevó muy más allá de lo que era de esperarse. Él mismo describe el resultado de sus discursos y tareas parlamentarias en su autobiografía, muy satisfecho de sí, por cierto, aunque no con exactitud (1). Pero los electores de Westminster miraron la cosa bajo otro aspecto, y por lo tanto, en las próximas elecciones, despues de votarse la ley de reforma electoral en 1867, á cuyo acto prestó él su voto, prefirieron elegir á un representante de ideas contrarias y de pretensiones intelectuales muy inferiores. Contra la costumbre ordinaria, las pasiones de Mill indudablemente fueron siendo más destempladas é intolerantes á medida que iba entrando más en años, y casi nos atrevemos á decir que á los veinticinco era hombre mucho más sesudo que á los sesenta y cinco.

(1) Afirma, sin embargo, que el servicio público más importante, tal vez el único verdadero importante, que prestó en el Parlamento, fué el de proponer una enmienda á la ley de reforma electoral (*Reform Bill*) para la extension del derecho.

Sin embargo, siendo tal cual era, y tal como él se representa á sí mismo en sus *Memorias*, sin disfraz, John Stuart Mill ha dejado indudablemente una impresion muy notable en el siglo en que vivió. Sus libros se leen en ediciones populares en una cantidad verdaderamente prodigiosa, tratándose de obras sobre asuntos difícilísimos y de índole muy abstrusa, y escritas en un estilo muy áspero, aunque lúcido: y es objeto de indagacion interesante el saber cuál será su efecto ulterior. ¿Se arrojarán á un lado como las obras de Godwin y Tom Paine en el siglo anterior, ó sobrevivirán para encender una conflagracion en la sociedad como el «Contrat social» y el «Emile»? Nos inclinamos á creer que, aunque desde sus primeros años se educó Mill para ser un regenerador de la sociedad, no consiguió su objeto, y que tampoco lo conseguirán sus obras despues de su muerte. En efecto, si se examina en conjunto la obra de su vida, aparecerá como eminentemente destructora, pero sin contener una sola idea práctica constructiva. Habrá podido ayudar á hacer volar algunos edificios viejos y á barrer algun desperdicio, pero no ha añadido un sólo átomo ni una sola invencion al mecanismo eficiente de la sociedad y del buen gobierno de este país; y si se hubiera podido investir de absoluto poder, el mundo no hubiera recibido de sus manos sino restricciones para la poblacion y las leyes agrarias. Los enciclopedistas franceses del siglo XVIII tuvieron que luchar con todos los abusos de la Francia pre-revolucionaria, y emprender anté todo una gran obra de destruccion. Mill y sus amigos no hicieron más que capitanear un cuerpo auxiliar de la hueste victoriosa de la reforma liberal. En algunos casos han prestado buenos servicios como guerrilleros, por lo cual les estamos agradecidos; pero pueden estar seguros de que no hubieran hecho absolutamente ningun bien, si no hubiesen tenido á la espalda el cuerpo principal del partido whig. Lamentamos la influencia que ha ejercido Mill en la filosofía, propiamente dicha, pues con ella coadyuvó á la reaccion contra todo lo que consideramos como verdad espiritual, y á la poderosa tendencia materialista de la ciencia moderna, y sosteniendo que la ciencia se deriva únicamente de los sentidos, y que el carácter es únicamente resultado de las circunstancias. Para él, la religion era un sueño; la moral, un código de utilidad; la ley, administrada como lo está en Inglaterra, un fárrago de tecnicismos; la sociedad inglesa le parecia insípida, y la mayor parte de los objetos de la vida despreciables. Es imposible suponer, por lo tanto, que habrá una gran parte de nuestros compatriotas en la próxima generacion, como tampoco en la presente, ansiosos de adoptar una doctrina tan negativa y tan poco seductora; y si hay algo que pudiera disuadirles de ello, es el relato de su propia vida. Pero á pesar de sus faltas y errores, habia en Mill elementos de carácter noble, un amor genuino de la ver-

dad, un valor y una perseverancia invencibles para buscarla, un deseo cordial de mejorar é ilustrar el género humano, y dotes latentes de imaginacion y sensibilidad que le hubieran hecho hombre mejor y más feliz, si no hubiesen sido ahogados por una educacion bárbara, una falsa filosofía, y un hado perverso.

(*Edinburgh Review*, núm. 283.)

LA EDUCACION NACIONAL

POR MEDIO DEL EJÉRCITO.

El 22 del pasado Marzo la sociedad Franklin, en París, celebró una sesion pública para aumentar los fondos destinados á las bibliotecas del ejército.

En ella pronunció un discurso uno de los oradores y publicistas más célebres de la Francia contemporánea, y que más ha contribuido á propagar las doctrinas republicanas, Eduardo Laboulaye.

Este discurso demuestra que los hechos obligan á los hombres de buena fe á modificar en puntos esenciales las doctrinas que han defendido, y que la experiencia vale, por lo ménos, tanto como las teorías de los ideólogos.

La aplicacion provechosa que en nuestra patria podrian tener algunos de los puntos tratados por M. Laboulaye, nos obliga á trasladar á la REVISTA EUROPEA el citado discurso, que dice así:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Muy difícil es para mí hablar despues de las elocuentes frases que acabais de oír: me proponia expresar los mismos sentimientos, y sin duda alguna haria un excelente discurso si M. Faré no lo hubiese hecho ántes que yo (1). No importa: en cuestiones de esta naturaleza, y cuando se trata de manifestar sentimientos comunes, se puede hablar dos veces del mismo asunto, y espero que encontrareis en ello el mismo placer que al escuchar la repeticion de la pieza tocada por la música de la guardia republicana (2).

El orador no es más que el eco de nuestro propio corazón: y si logro expresar lo que sentís en el fondo

(1) M. Faré, director general de bosques, y miembro del Consejo de administracion de la sociedad Franklin, acababa de dar cuenta de los trabajos de ésta.

(2) Esta música habia tocado la sinfonia de *Semiramis*, despues del informe de M. Faré.

del alma, seré para vosotros elocuente, aplicando lo que decia Ana de Austria de una de las damas de su corte: «Esta mujer es bella: se me parece.»

En toda Francia existe hoy un mismo sentimiento, una misma emocion, y la casualidad quiere que sea yo quien lo exprese. Comprendo á lo que me obliga este honor, y haré cuanto me sea posible por merecerlo.

Al escuchar hace un momento á M. Faré, mi pensamiento se remontaba involuntariamente cuatro años atrás, al principio de la terrible guerra, cuyas consecuencias tanto nos agobian todavia. En aquella época los buenos ciudadanos, los hombres que preveian los peligros de lo porvenir, habian fundado una sociedad de socorro á los heridos; sociedad que parecia entonces inútil, viéndose en ella un exceso de filantropía que asomaba la sonrisa á los labios. Pero al dia siguiente de nuestros primeros descalabros, cuando se empezó á comprender lo que seria el choque de dos naciones que se arrojan una sobre otra, la sociedad de socorros á los heridos hizo un llamamiento á la generosidad de la patria. Y á este Palacio de la Industria, donde hemos fijado nuestra tienda, afluyeron trapos, hilas, colchones, vinos; las damas ricas, daban su dinero en grandes cantidades; las ménos favorecidas por la fortuna, sus brazaletes; la pobre trabajadora entregaba llorando su anillo de desposada. Se sentia lo que acaso no se habia sentido en ninguna época, porque nunca se habia visto tan de cerca el peligro que amenazaba á Francia. No se trataba ya de sentimientos humanitarios, de aliviar á los que sufren, de mitigar las miserias, no; veiamos la patria amenazada, y experimentábamos el dolor de la madre ante su hijo moribundo, dolor inmenso que llena el alma, porque los hijos que caian eran nuestros hijos; los amigos que desaparecian, nuestros compañeros de juventud. ¡Bien nos decia entonces el patriotismo, que el ejército y la nacion son una sola cosa! Estos sentimientos reaparecen hoy al tratar de las bibliotecas para el ejército. El deseo de extender la instruccion no es el único que nos anima; nada hay sin duda tan bello como llevar á un alma la luz, arrojando de ella las tinieblas y el mal; pero en el asunto de las bibliotecas para el ejército hay todavia algo más, hay el sentimiento de que el ejército somos nosotros mismos, y esos jóvenes soldados son nuestros hijos.

La educacion del ejército es uno de los problemas que toda nacion debe resolver cuando quiere ocupar en el mundo el rango que le es debido. Es indispensable instruir al ejército para que el ejército instruya á su vez á la nacion.

Ya hemos visto que el movimiento ha partido del corazón de la patria. Todo el mundo se asocia á él; la *Liga de la enseñanza*, la asociacion presidida por M. de Madre, cuyo nombre figura al frente de todas las empresas generosas, la sociedad Franklin: el celo es universal.

Debo hacer justicia á nuestros suscritores, que se han portado generosamente. Nos habeis dado cien mil francos, y la mejor prueba de nuestro infinito reconocimiento por estos cien mil francos, es que os pedimos otros cien mil. El primer paso es el que más cuesta, y creedme, las naciones que dan mucho son las educadas, para que se auxilien los ciudadanos. En los pueblos donde el gobierno lo es todo, esta generosidad desaparece; pero cuando el gobierno permite la expansion de este sentimiento del corazón humano, es manantial fecundo é inagotable. Hoy nuestra planta es pequeña; ayudadnos á cultivarla, y la convertiremos en árbol frondoso.

Lo que distingue este movimiento en favor de las bibliotecas, como lo que distingue á la sociedad de socorros para los heridos, es que, al ocuparse del ejército, lo ha hecho con extrema prudencia, porque es preciso aproximarse al ejército como á las mujeres, con discrecion y respeto. Nuestros padres veian bien los defectos del ejército en su época, pero cometieron el error de querer intervenir en el mando. El estar hoy habituados á gobiernos liberales, nos hace ser más razonables; llegamos hasta la puerta del cuartel; pedimos allí que se acuda á nuestra generosidad, pero por lo demas, el mando corresponde al coronel, y al ministro de la Guerra dictar las órdenes. Nuestra pretension no consiste en mezclarnos al regimiento y hacer en él propaganda política ó religiosa. La propaganda política sería un crimen. El ejército está en Francia á las órdenes del gobierno, es la fuerza al servicio de la justicia; á la justicia corresponde el mando, al ejército la obediencia. En cuanto á la propaganda religiosa, tenemos demasiado respeto al alma humana para aventurarnos en un terreno que no nos pertenece; esto lo llevan á mal gentes tan piadosas que pasan el tiempo condenando al prójimo; pero es inútil que se molesten, porque continuaremos nuestro camino. Como el Samaritano, pedimos curar las heridas de nuestros hermanos, aunque paguen nuestra generosidad con sus injurias.

¿Qué se puede hacer y qué se debe esperar de estas bibliotecas? Conviene no formarse ilusiones. Lo peligroso en Francia es el furor del primer momento. Llega un dia en que se da el grito de que «Francia no sabe geografía», é inmediatamente todo el mundo compra mapas y dice que es, ó cree ser, geógrafo. Tres meses despues se piensa en otra cosa; se dice: «Queremos instruir al ejército; hemos dado nuestro dinero para ello; luego el ejército está instruido.» No; las cosas no suceden así. Vuestras esposas, las que visitan los pobres, os dirán la diferencia que existe entre socorrer miserias reales y contentarse con oír un sermón. Ambas clases de caridad las separa un abismo.

De igual suerte hay mucho que hacer en el ejército, y conviene no formarse la ilusion, al salir de aquí, de que hemos remediado un mal que data de antaño.

Bueno es dar bibliotecas, diccionarios Bouillet, mapas murales; todo esto es excelente, pero ¡cuántos soldados no saben leer, para quienes un regalo semejante es como dar anteojos á un ciego! Lo primero que debemos hacer es llamar la atencion de los coroneles acerca de las escuelas de regimiento; y es preciso multiplicar estas escuelas, á fin de que el soldado, al entrar en el regimiento, reciba las primeras nociones de lectura y escritura, sin las cuales el hombre es un ciudadano imperfecto.

Al lado de los que no saben leer hay muchos de quienes se dice que saben leer y escribir. Ya conoceis lo que vale la estadística: creo que pudiera decirse: «Embustero como la estadística.» Aun admitiendo sus datos, siempre resulta que hay muchos que saben leer y que no comprenden lo que leen. Deletrean París, y despues exclaman con grande admiracion: ¡París! Sus ojos les hacen ver las letras, y los oidos la palabra. No se instruye á tales gentes en poco tiempo; pero desde que existe el primer elemento de luz, mucho puede esperarse; sin embargo, la abnegacion de los oficiales es lo que principalmente debe pedirse; nada importa dar libros, si no hay guias que enseñen á los ignorantes lo que los libros dicen. Citaré un ejemplo:

Al volver á mi casa de campo de Versailles, cuando se fueron de ella mis inquilinos de 1871, los prusianos, encontré, á guisa de pago de alquiler, un librito en aleman, que probablemente se habia caido del morral de un soldado. Este libro es una obra maestra. Contiene recomendaciones acerca del agua potable; el medio de hacer cualquier agua inofensiva mezclándole algunas gotas de café; la manera de cocer los alimentos; la higiene corporal, y los primeros vendajes que deben hacerse en el caso de recibir una herida. Seria muy bueno dar á cada soldado un librito de esta clase. Muchos de ellos, dado que lo leyesen, nada comprenderian; pero si el cirujano mayor les explicara un breve curso de higiene con ejemplos, como el de echar algunas gotas de café en el agua para hacerla potable, comprenderian lo que el libro dice y no lo olvidarian. El labriego tiene, por regla general, el entendimiento tardío; pero lo que llega á comprender no se le borra fácilmente; y de este modo volveria á su casa convertido en apóstol de la higiene. Así se instruye, no sólo un hombre, sino un pueblo entero. Convertid, pues, á los ochenta mil hombres que anualmente salen de las filas para volver á sus hogares en ochenta mil apóstoles de la instruccion.

En la caballería, donde el cuidado del caballo tiene tanta importancia, ¿no podria darse á los soldados algunas nociones de veterinaria? El campesino ama á sus animales, y algunas malas lenguas aseguran que los cuidan mejor que á su familia; por tanto, si mientras está en el ejército recibe una instruccion sólida, teniendo de un lado el libro y de otro la explicacion,

se pueden vulgarizar las nociones más exactas y provechosas en un país de agricultores.

¿Y la geografía? A los soldados deleitaria la lectura de un libro de esta ciencia, sobre todo en lo que se refiere á su país. En la actualidad se emplea el ejército en hacer reconocimientos, y este ejercicio es el más á propósito para aprender nociones de geografía: no se necesita subir á una colina muy alta para ver lo que es un valle y una divisoria de aguas. Al día siguiente de verlo la lectura es interesante al soldado y comprende lo que lee. A esto debe llegarse. Por nuestra parte, y á pesar de cuanto podamos hacer, no llegaremos hasta el alma del soldado; tarea que sólo incumbe al oficial.

Respecto á la lectura, la que más conviene al soldado es la de historia, por ser la más á propósito para inspirarle sentimientos morales y despertar su patriotismo; pero la historia como más agrada á personas poco habituadas á la literatura, es en forma de biografías. Una biografía bien hecha es para el soldado la lectura más interesante. Convendría, por tanto, poner en sus manos apuntes biográficos de Hoche, de Catinat, de Juana de Arco, de Enrique IV, libros hechos expresamente para él. Nosotros no comprendemos esta necesidad por una razón sencilla, cual es, que, durante diez años de colegio, hemos aprendido nociones que nos permiten leer toda clase de obras. Coged el primer libro que caiga en vuestras manos y subrayar en él cuanto suponga conocimientos de historia, de mitología, de ideas griegas, de ideas romanas, y suponed un instante que estas ideas desaparecen de vuestro cerebro; el libro se convierte en un enigma indescifrable. En Inglaterra por lo que se llama el *millon* se escriben libros para el pueblo. Libros de esta clase necesitamos en Francia para el soldado. ¿Quién puede hacerlos? Dos clases de personas: las que tienen amor al pueblo, como Charton, que ha pasado su vida haciendo libros populares, y los oficiales que abandonan el ejército, y que, habiendo vivido con sus compañeros de armas, conocen sus ideas y hasta sus debilidades. En este punto queda por hacer algo importante, patriótico y de grandes resultados.

Considerad lo que sería la propaganda hecha por los ochenta mil hombres que anualmente vuelven á sus casas. Al soldado que llega á su aldea después de haber pagado la deuda á la patria, y á veces con los galones de sargento, tiene autoridad y se le escucha. Hé aquí el maestro encargado de llevar nuevas nociones al alma de la población rural; y si no se emplean estos medios ¿cómo quereis que el patriotismo penetre en las capas inferiores de la población?

Poco cuesta hablar de patriotismo, hablar de Francia; pero se necesita un alma que comprenda ambas cosas, un espíritu que sepa lo que es Francia. El ejército contribuye á infundir este sentimiento compuesto de elementos distintos que, hasta ahora, sólo se dan

imperfectamente al soldado. Si le enseñais lo que ha sido el heroísmo de nuestros padres en los tiempos felices ó desgraciados de nuestra historia, aumentaréis su amor á la patria. Esto es lo que el ejército puede hacer por nosotros, y así es como debe recompensar los esfuerzos que por él hacemos. Bien veis que cuanto está á nuestro alcance es poca cosa sin el concurso de los oficiales. Nosotros aprontamos nuestra buena voluntad; que lleven ellos su celo y alcanzaremos la victoria.

Hay además otro punto que M. Faré ha tratado y acerca del cual creo deber añadir algo. El ejército comprende hoy toda la nación. Una ley que perpetuará la memoria de M. Chasseloup-Laubat, establece el servicio obligatorio. Ya no forman el ejército los que no eran bastante ricos para comprar un sustituto, sino todo el mundo. ¿Qué sucederá á los voluntarios de un año? En mi sentir, no hay mejor educación para el joven que tiene la desgracia de ser rico. Con perdón sea dicho de las madres y de las lágrimas que derraman, un año en el regimiento les corrige de todos los defectos de una educación demasiado blanda. De tal modo hemos complicado la vida, tan extrañas son las costumbres, que bien puede compararse un joven rico á esos pájaros preciosos guardados en doradas jaulas á quienes mata la más ligera brisa. En mi juventud, la revolución había arruinado tanto á nuestros padres, y el Imperio había restablecido tan poco su fortuna, que no existía el lujo. Un tapiz en un salón era cosa rara, y no se tenía noticia de esa multitud de objetos que sirven hoy de adorno á las habitaciones. Ni se decoraban las paredes como hoy, ni se pagaban 500 francos por un plato cascado, cuyo único mérito es ser chino. Comprendemos que se adornen las casas con bellos cuadros y que se paguen caros; el arte eleva las almas; pero hemos inventado tantas cosas frívolas, hijas del capricho y de la vanidad, que la vida desaparece entre esa infinidad de nulidades seductoras.

En el regimiento el joven aprende prácticamente á estimar la sencillez y la sobriedad: no hay allí lechos de pluma donde se hunde el cuerpo, rodeados de cortinas que ahogan; se duerme sobre cuatro tablas, y todos recuerdan que, en esa cama, es donde han tenido el mejor sueño de su vida. Sucede lo mismo con la comida. Ignoro si será un defecto la sencillez de mi primera educación; pero siempre que recibo una carta invitándome á comer, pareceme que alguna mano invisible ha escrito estas palabras: «Se os pide permiso para envenenaros tal día y á tal hora.» Cuando se come apenas lo necesario y se rocía la carne con agua clara, os aseguro que las ideas son claras y que nunca los jóvenes se sienten mejor de salud.

Leia hace poco en la *Revue des Deux Mondes*, un artículo sobre la nostalgia; el autor cuenta que, durante el sitio de París, un joven marqués breton, que se había batido valerosamente, no pudo soportar el

abatimiento de ánimo causado por la nueva y penosa vida, y murió en una cama de hospital por no consolarse de haber abandonado su tierra, su palacio y sus perros. Digno de compasión es tal espectáculo, y, si la ley actual hubiera existido, la patria contaría un bravo más.

En el regimiento se encuentra también lo que forma el encanto de la vida; la amistad. El mundo es una gran comedia: cada cual lleva en ella una máscara. Si se dijera siempre la verdad, si fueran permitidas frases como la de «teneis, señora, mala facha»; «caballero, me estais fastidiando», la vida no sería posible. Hay, pues, una política de convención, política que no existe en el regimiento, donde á cada cosa se la llama por su nombre. En él se contraen esas amistades, tanto mejores, cuanto que unen á ricos y pobres; en él se aprende á estimar al hombre, no por lo que posee, sino por lo que vale.

Terminaré lo dicho acerca de los voluntarios de un año repitiendo las palabras de M. Faré. «Los voluntarios del 49 de línea, en prueba de lo que estiman tener una biblioteca en el regimiento, han dedicado á ella los fondos que destinaban á un banquete.» Los voluntarios del 49 de línea son merecedores de grande elogio por haber comprendido tan bien el reconocimiento y el deber.

Lo que en Francia hace mayor falta es la obediencia y el respeto. La obediencia ha desaparecido. Al mismo tiempo que el amor filial crece, la obediencia disminuye. Nuestros hijos nos aman hoy más que amaban á sus padres los que vivían en el siglo XVII, pero al mismo tiempo han olvidado obedecernos. En Inglaterra no se conoce esta desobediencia; los ingleses muestran empeño en que las disciplinas continúen como medio de corrección en las escuelas; esta es su manera de enseñar, desde los primeros años, el respeto á la autoridad. No hay en el Parlamento padres que quieran abolir el régimen á que han estado sujetos, y que nosotros no podemos tolerar: la forma es mala, pero la idea madre es excelente. Un sabio ha dicho: «la primera lección que darás á tu hijo, debe ser de obediencia; la segunda de lo que quieras.»

El ejército nos prestará el servicio de enseñar la obediencia á toda la juventud francesa: hay ciertamente naturalezas que se pliegan con dificultad á la obediencia pasiva; pero en el ejército se llega á comprender que la obediencia no es sólo un deber, sino también una virtud. Cuando se ve de cerca ese gran cuerpo dirigido por un pensamiento único, todo el mundo conoce que, sin la obediencia, no hay ejército posible. La historia ofrece numerosos ejemplos; recuerdo que, en la expedición á Egipto, el general Kleber, en no sé cuál batalla, dijo á un oficial: «Vé á defender aquella posición; te dejarás matar en ella, pero salvarás el ejército.» El oficial contestó: «Gracias, General; adios», y obedeció.

Podría citar ejemplos más heroicos y recientes; pero, cuando las heridas sangran todavía, una especie de pudor nos obliga á guardar silencio y podemos decirnos en voz baja como el viejo Ulyses. «Calla, corazón, calla y acuérdate.»

Los jóvenes volverán del ejército obedientes y sumisos, lo cual será muy beneficioso para sus esposas. Se ha notado, en efecto, que los militares son excelentes maridos, y, como no se dice el motivo, confiaré á las damas el secreto que saben mejor que yo. Un oficial recibe una orden y la trasmite á sus subordinados; la recibe con obediencia y la trasmite con autoridad; pues bien, para la esposa, el secreto consiste en tomar el mando y dar la orden. Se necesita valor para mandar la primera vez al marido; pero cuéntase que las esposas se resignan fácilmente á tenerlo.

La obediencia en el ejército está acompañada del respeto, y el respeto es otra de las cualidades que nos faltan. Lo que más echamos de menos en Francia es el sentimiento gerárquico. En todas partes, lo mismo en una asamblea que en una multitud, cada cual se cree con derecho á ocupar el primer puesto; y, cosa singular, en las naciones donde el ejército es casi nada, en Inglaterra y en América, las cosas pasan de distinto modo. Hoy vemos en Inglaterra el espectáculo interesante de un ministerio que cae y de otro ministerio que le reemplaza, sin sacudimientos y sin que nada perturbe la completa tranquilidad de la nación. Cuando un ministerio cae, se sabe de antemano quién le reemplazará, porque cada cual ocupa su puesto. M. Gladstone, al dejar el poder, es el jefe de la opinión y asume la responsabilidad de este cargo. Así todo es fácil, el mando, la obediencia, el gobierno, la oposición, todo forma parte de un organismo en que cada cual tiene su puesto.

Si el ejército, si el servicio obligatorio pueden darnos esta virtud; si nuestros hijos aprenden á mandar y á obedecer, habremos adquirido las cualidades necesarias á un pueblo grande y fuerte. Lo que necesitamos es respetar á los que están delante de nosotros y hacernos respetar por los demás. Al mismo tiempo que el respeto, el servicio obligatorio inspira el patriotismo. Hemos vivido en un tiempo (hablo por mí y los de mi edad) en que ya había estado la Francia invadida. Se nos decía que, después de haber derramado inútilmente tanta sangre la vieja Europa, instruida por dolorosa experiencia, renunciaría á sus quimeras de ambición. Cada pueblo debía permanecer dentro de sus fronteras, ocupado únicamente en el trabajo y en la industria.

El patriotismo debía ser reemplazado por otro sentimiento, el de la humanidad. Al acariciar tan bellas ilusiones, hemos sido sus víctimas. Francia está desmantelada y necesita defender sus abiertas fronteras. El amor del género humano no puede ser hoy nuestro

principal objeto: es preciso vivir, y para vivir, es preciso hacerse respetar. Nos encontramos en el caso de las personas que, después de haber perdido la fortuna, la salud y la esperanza, se refugian en la familia, y entonces, cuando se ha sufrido, cuando se han visto los peligros de aquellos á quienes se ama, se advierte que el hogar doméstico es cosa tan noble, que parece no existe en el mundo más que la familia. Hé aquí lo que somos; para nosotros no existe más que Francia. El patriotismo ante todo.

Esta idea me inspira una triste reflexión. El pasado siglo ha visto la caída de un pueblo generoso, el pueblo polaco. El primer reparto de este pueblo indignó á Europa, pero la indignación no impidió que se consumara el segundo. Polonia nunca tuvo ejército. Su fuerza la constituían los señores con sus vasallos, formando partidos, siempre en guerra, que, con sus vanas querellas, entregaron al extranjero la dividida patria. No existía allí esa unidad, esa forma visible de la patria que se llama ejército. Hoy el ejército tiene la inmensa fortuna de estar por encima de los partidos. Por ello no puedo ver pasar un regimiento con su música al frente, sin exhalar un suspiro de dolor, preguntándome ¿por qué no imitamos esta poderosa unidad; porque han de existir siempre las divisiones y los partidos, olvidando que, en la última guerra, todos teníamos una sola bandera, la bandera de la patria? ¿No podemos tener en la vida civil ese patriotismo que, al través de todos nuestros desastres, nos ha valido al ménos luchar hasta el fin y caer con honor.

Ya veis, señoras, las que habeis aceptado el trabajo de recoger los donativos para la biblioteca del ejército, el interés que debe inspirar esta buena obra. Se os encuentra en todas partes donde hay algún bien que hacer; olvidais vuestros intereses por los de los demás; pero ahora se trata de vosotras y de nosotros. Dentro de algunos años, dentro acaso de algunos meses, no habrá ni una sola de vosotras que no tenga en el ejército un hermano, un marido, un padre. Ayudémosles á que la vida en el ejército se aproxime, en cuanto sea posible, á la vida de familia, conservándoles los sentimientos generosos y los nobles afectos. Al pedir su dinero á los caballeros, pedís un poco para vosotras, un poco para los que amais y para esta Francia objeto de todo nuestro cariño. Hoy, en medio de nuestra desventura, sólo debemos pensar en revivir la nación francesa: el ejército debe ser la gran preocupación de la patria. Insistid diciendo á estos caballeros, que si es bueno aliviar las miserias físicas, también hay que mitigar grandes sufrimientos morales. El pobre soldado, que tan difícilmente se habitúa á la vida militar, encuentra en las bibliotecas libros, plumas, papel, un amigo con quien conversar y con quien busca y encuentra un libro que les habla de su tierra. Se trata, pues, de hacer un bien, y cuento con vosotras.

Nosotros, señores, creo que nos volveremos á ver en este terreno, y bueno será tratar con frecuencia de estas consoladoras ideas, estrechando cada vez más los lazos que unen al ejército con la nación. No cesemos en prodigar nuestros cuidados á esos soldados que viven á la sombra de la bandera francesa, y que, más instruidos y más sensatos que nosotros, se habían allí á la disciplina, á la obediencia y al respeto. Puesto que el Ministro de la Guerra ha enviado aquí persona que le represente, llévele ella el testimonio de nuestras aspiraciones, repitiéndole el doble grito que resume todo nuestro amor, todas nuestras esperanzas. ¡Viva el ejército! ¡Viva la Francia!

EDUARDO LABOULAYE.

(Revue politique et littéraire.)

NATACHA.

(Continuación.) *

He notado que las posturas de sol á orillas de los lagos, con sus inflamados horizontes, sus diáfanos brumas, sus sonrosados reflejos que por todos lados se encienden, hasta en el rostro de la mujer cuyo vestido se roza al paso, eran positivamente un elemento poco favorable al ingenio. La influencia de todas estas cosas es enervante y deletérea. Hay en los reflejos del agua que se duerme, en ese vago perfume del rocío y de las flores que se abren al anochecer, algo que entorpece las facultades activas y predispone á esa pereza del alma que se llama ensueño (*reverie*), palabra que detesto, y mucho más lo que expresa. No sé qué inexplicable feliz tranquilidad se infiltra en las venas. El cerebro, en vez de producir ideas, se contenta con sensaciones, y de tal modo se naturaliza uno en los espacios imaginarios, que las locuras más extrañas parecen de pronto extraordinariamente naturales. Por fortuna mi compañera es la mujer más razonable del mundo, sin que física ni moralmente tenga nada que choque á los ojos ni al espíritu. Su voz algo grave, pero de dulcísimo timbre, se oye con el agrado de una música acompañada. Sus pensamientos son tranquilos y transparentes como el cutis de su rostro; muy poco entusiasmo, ninguna coquetería y ni la noción más pequeña de ese arte de valerse del doble sentido de las palabras y de las ideas á que tan impropriamente se llama ingenio. ¿Puede encontrarse mujer más ideal?

Analiza poco; sobre todo jamás se analiza á sí misma, y mira todas las cosas con la tranquilidad

* Véase el número anterior.

de quien no ve ó no quiere ver más que la superficie. Ni siquiera razona sus afectos, yendo derecha al objeto, sin evaporarse en el camino. Ama á su hijo sobre todas las cosas, y también á ese sér poco amable que se llama el general V..., y, como este hombre es de lo más insignificante que puede encontrarse, creo que el único, aunque poderosísimo título á sus ojos para amarle, es el de ser su marido. ¿Quién sabe? Quizá tenga muchas virtudes domésticas. Creo que es muy buen padre.

A las dos ó tres vueltas por la alameda Mr. V... ordinariamente nos abandona y va á fumar un cigarro en el jardín de la fonda en compañía de los demás huéspedes. A todos les trata, porque otra de sus cualidades es la de ser muy comunicativo. Su partida en nada altera el tono de nuestra conversacion, siendo Mme. de V... la primera mujer que encuentro en quien nada influya la presencia ó la ausencia de su marido. En sus entrevistas á solas con los hombres tienen todas las mujeres, hasta las más severas, una especie de turbacion producida por alguna idea oculta. Sea desconfianza, sea embarazo, lo cierto es que la cosa existe, y que es necio quien no la aprovecha. Además, el hecho solo de ponerse á la defensiva autoriza el ataque; pero imagínese una persona que ni siquiera piensa en defenderse, porque no le ocurre la idea de que puede ser atacada, y adios atrevimiento.

Mme. de V... con el aspecto digno y tranquilo que le hace tan bella, no imagina que un hombre le pueda hablar á solas de otro modo que delante de cien personas. Esta singularidad me chocó tanto que un dia le dije sonriendo:

—Estoy seguro de que nadie se ha atrevido á dirigiros una declaracion algo formal.

—¿Una declaracion?—Y fijó en mí admirada la luz de sus ingenuos ojos.—Seguramente; ¿y para qué habian de dirigírmela?

Creí ver en aquel momento en el fondo de su conciencia, donde no habia un nombre ni un recuerdo, teniendo la pura y fria limpieza del manantial que surte de la roca. Me incliné con el corazon hasta postrarme.

Durante la conversacion, el general volvió, y desde lejos me dijo:

—Decididamente me parece el Martini superior al Chassepot. ¿Qué opinais vos?

—¿Qué he de opinar? mi general. Yo no tengo ideas fijas sobre este asunto de vuestra competencia.

Sacó entónces la cartera y el lapiz y pronunció una disertacion sobre las condiciones de ámbos sistemas. Mme. de V... se apoyó en su brazo y nos dirigimos lentamente hácia la fonda.

Al presentarse las primeras estrellas en el cielo

todo el mundo se separa. Mme. de V... va á acostar á su hijo. Ordinariamente me reuno con el general en el salon de lectura, donde jugamos una partida, ó bien me detiene al verme Mme. Diloir, y entónces paso la noche sentado detrás de su butaca, hablando y aspirando el *west-end* de que su abanico perfuma la atmósfera á seis metros de distancia.

Esta Mme. Diloir tiene la rareza de decir sin pestañear ni molestarse en buscar rodeos, las cosas más inesperadas; esto no impide que el marqués español esté perdidamente enamorado de ella y que lo demuestre con resolucion, en lo cual no es torpe, pero hace una cosa que en su lugar no haria yo. Me detesta, lo más políticamente del mundo, es verdad, pero me detesta; y lo cierto es que, áun cuando Mme. Diloir fuera mil veces más bella de lo que es y me hiciera un millon de coqueterías más de las que me hace, yo no pensaria en ponerle un dedo encima.

Dias pasados tuvo la singular idea de tratar á Mme. de V... Habia excitado sin duda su curiosidad la distincion, ó acaso la extraordinaria reserva de aquella jóven, que vivia en una fonda más retirada que un ermitaño. Fuí preferido para auxiliarla en tan delicado asunto; pero, desconfiando del exito, á pesar de la oportunidad de su deseo, no quiso hacer las gestiones por sí misma, y con la mayor prudencia las encargó á su editor responsable.

—Señor conde—dijo M. Diloir, acercándoseme; por qué este personaje, que lleva la pechera llena de diamantes, habla como un doméstico;—puesto que sois aquí el único que trata á esa dama rusa ¿quisiérais presentarme á ella?

—¿Qué dama rusa, amigo mio? conozco varias.

Nombró entónces á Mme. de V..., y le contesté que no tenia con ella intimidad para presentarle á nadie.

—Sin embargo—insistió,—¿si quisiérais?...

—Con mucho gusto lo haria, M. Diloir, pero no depende de mí.

Conociendo que mi contestacion era para él un chorro de agua fria, añadí:

—¿Puedo preguntaros, sin ser indiscreto, qué interés teneis en relacionaros con una persona que evidentemente quiere vivir retirada? porque habreis advertido que Mme. de V... en vez de buscar las relaciones, las evita.

—Eso es precisamente lo que yo decia—contestóme en tono confidencial;—pero á mi esposa le gusta mucho esa señora, y ha formado el proyecto de que, presentado yo, presente á ella despues.

—¡Ah! comprendo; la combinacion está bien hecha; pero siento infinito no poder serviros, á pesar de mi deseo. Podeis creer que lo siento.

Separéme de él dejándole algo mohino; y, de poder adivinar lo que iba á suceder, á guisa de reflexiones generales, le hubiese dado algunos consejos más terminantes, pero creí que una negativa pura y simple bastaba hasta para Mr. Diloir, y me engañé.

En la tarde del mismo día, estando con Madame de V..., ví al general que venia hácia nosotros, trayendo á remolque á Mr. Diloir. Este desgraciado, dejándose aconsejar de su necedad, habia descubierto que valia más dirigirse á Dios que á los santos, y presentado su solicitud al general, quien, con su sencillez acostumbrada, no vió inconveniente alguno en acogerla. Acercáronse al banco donde estaba sentada Mme. de V... El general demostraba no tener idea de la tontería que iba á cometer; y yo, maldiciendo mi imprevisión, no podia contener la risa, porque el personaje tenia un aspecto completamente grotesco cuando, hecha una reverencia maravillosa, permaneció mudo y cortado delante de Mme. de V...

—Vamos—dije para mí,—la alegría le quita el uso de la palabra; no hablará, y eso ganamos. ¡Craso error!

Mr. Diloir era bastante obtuso para comprender la orgullosa actitud de Mme. de V... y acaso juzgaba timidez su silencio. Repuesto de su primera turbación, sentóse con el mayor desembarazo y empezó á referir no sé qué aventura cuyos detalles, bastante libres, acababa de leer en un periódico.

Fácilmente se comprenderán las sensaciones de Mme. de V... ante el buen gusto del recién llegado. Ruborizóse, miró á su marido que, encontrando la broma excelente, reía á carcajadas, y, apelando al último extremo, volvió la vista hácia mí, como diciéndome: «¿Vos, al ménos, no me libráreis de esta conversacion?»

Y la libré; debo confesar que Mr. Diloir estuvo dócil, y que, sin gran trabajo, le hice entrar por sendero ménos escabroso.

Al día siguiente encontré á Mme. de V...

—Mil gracias, caballero—me dijo,—por el buen servicio que me hicisteis ayer. He debido pareceros muy torpe, pero confieso que soy ridículamente tímida.

—No sería fácil sospecharlo, porque puedo aseguráros que, al contrario, teniais una actitud imponente.

—Os burlais de mí—contestó sonriendo,—y tenéis razón, porque debia pareceros una colegiala. Lo que me admira es que esos tipos tengan el privilegio de intimidar, mientras que...

Buscaba las palabras y quizá titubeaba en pronunciarlas, previendo el sentido exacto de la idea.

—¿Quereis que termine la frase? Mientras que

á otros hombres que no se parecen á Mr. Diloir, les sucede lo contrario; se dejan intimidar. No es esto.

Una ligera nube de rosa pasó por su rostro.

—Pues bien, señora, la explicación es sencillísima. Figuraos á Cicerón arengando á los Scitas; perdería el trabajo, y probablemente la cabeza. ¿Cómo quereis que el convencimiento íntimo de esta situación no hiele la sangre en las venas? La superioridad delicada de la mujer necesita, para imponerse, el convencimiento de ser comprendida.

—Veo,—dijo,—que he hecho lo que aquel, que, por evitar la lluvia, se arroja al río. No queriendo parecer torpe parezco algo peor, aduladora.

En fin, puedo asegurarte que no estoy enamorado de esta mujer; pero ¿hubiera podido estarlo? Cuando me lo pregunto, involuntariamente recuerdo mi bella juventud perdida. Mis cabellos son negros, mi paso firme, y las fechas del calendario me aseguran que todavía estoy en la edad de la juventud; pero interiormente me siento más viejo que Matusalen.

Aquí, á mi vista, á mi lado vive y se agita la criatura que habia soñado á los veinte años, y mis ojos no la reconocieron en seguida, y mi corazón no experimentó el menor sobresalto. He necesitado estudiar, detallar, desmontar, por decirlo así, pieza á pieza la realidad, y compararla á la poética ilusión que tanto tiempo alimentaba, para saber que era ella. ¡Ah! ¡Por qué no la ví cuando, embriagado por los primeros vapores de la vida que subían á mi cerebro, como suben los del vino espirituoso, la presentia y la llamaba, extendiendo mis brazos en el vacío! La embriaguez ha pasado ya, y estoy tan desilusionado como aquel á quien se le prueba que busca el camino de la luna. He encontrado viva la mujer que mi imaginación habia creado para mí sólo, modelándola en la sustancia más pura de mis pensamientos, y no se ha conmovido ninguna de mis fibras. La admiro como obra maestra, pero no sabría amarla.

No, no la amo, y sin embargo, cuando miro sus ojos, veo pasar por ellos reflejos que no sé explicarme, y que me turban, como el vago encanto de un ensueño. ¿Qué hay en el fondo de esta alma que creia conocer tan bien y de la que acaso sólo he visto la superficie? ¿Lo sabe ella misma? ¿Bajo aquella serenidad aparente se oculta acaso la llama viva de un corazón que despertará algún día? ¿Será tan fuerte ó tan débil que recorra el camino de la vida sin conocer la pasión?

Acaso no sepa nunca la solución de este problema temeroso, porque pienso marchar de aquí

dentro de pocos días. Para el caso imprevisto de que me aburra más que habitualmente, tengo un proyecto. El día ménos pensado caemos, como llovidos del cielo, mi *spleen* y yo en tu casa del Japon. Aburrirse aquí ó allá tanto monta, y al ménos tendré la satisfaccion de oírte predicarme. En los ratos perdidos cazaremos. Decididamente es buena idea.

Hasta la vista, amigo mio.

II.

12 de Setiembre.

¿La dicha puede tambien llamarse fatalidad? Júzgalo por mí, amigo mio. Momentos hay de tanta turbacion para el ánimo, que no podemos ver claro en la conciencia, y á la hora en que te escribo, acaba de sufrir la mia profunda é inesperada emocion que forma crisis decisiva en mi vida.

Vispera era anteayer del día fijado para mi marcha, y celebrábase el aniversario de no sé qué fiesta; por la noche, y para presenciar cómodamente una funcion de fuegos artificiales, las personas que habitan en la fonda habian subido á la terraza del edificio, encontrándose allí unos quince espectadores.

Verificábase esta funcion segun el programa acostumbrado, y cohetes, para-caidas, candelas romanas y estrellas giratorias, desfilaban sucesivamente á nuestra vista. Inmensas luces de bengala iluminaron el último término, hasta las crestas de las rocas, poniendo fin á la fiesta, con gran satisfaccion de cuantos preferian una noche de verano trasparente y embalsamada, al ruidoso espectáculo de los fuegos.

Cuando estalló el último petardo del ramillete final, todos los huéspedes empezaron á ponderar á coro la belleza de la noche, que, gracias al contraste, parecia más bella y más serena. De esta explosion de entusiasmo nació una idea bastante original. Alguien propuso aguardar sobre la terraza, cuyo panorama era magnífico, la salida del sol. La proposicion fué acogida y votada por unanimidad.

Al cabo de algunos minutos se habia improvisado un vivac. Subieron chales para las señoras y butacas y colchones que, puestos unos sobre otros, y cubiertos con mantas, formaban otomanas bastante cómodas. Arreglada así la cosa, y sin más claridad que las de las estrellas, la terraza se parecia al puente de un gran buque. Las altas chimeneas eran los mástiles, el pretil la obra muerta, y un huésped meditabundo, apartado de los demas, cuya figura se destacaba confusamente, completaba la ilusion, representando al oficial de guardia sobre la toldilla. Hacia algu-

nas reflexiones sobre esta comparacion á madame Diloir, que se disponia á bajar á su cuarto, temiendo sin duda que una noche en vela marchitara las rosas de sus mejillas, cuando oí que me llamaba Mr. de V..., que tambien tomaba el camino de su estancia.

—¿Os quedais?—me dijo.

—Sí, general.

—¿Os servirá de molestia acompañar á mi esposa durante algunas horas? Desea ver la salida del sol; yo estaria á su lado con mucho gusto, pero, francamente, á mi edad y con mi reumatismo... pasar la noche en claro...

El reumatismo del general era vivo deseo de dormir, y así procuraba disimularlo. Me incliné ante Mme. de V... de ese modo que, en todos los idiomas del mundo, significa: «Disponed de mí.» A la luz del gas que iluminaba la escalera, sobre cuyos últimos peldaños nos encontrábamos, vi la indecision retratada en su semblante, sus finas cejas se aproximaban, pensando probablemente que el general la habia colocado con la mayor frescura en una posicion comprometida. Buscaba sin duda una fórmula política para negarse á permanecer en la terraza, pero, en el momento en que la punta de su pié se adelantaba al siguiente peldaño cambió de ideas, y, volviéndose hácia mí, dijo:

—¿De véras no os servirá de molestia, caballero?

—¡Señora!... ¡Una molestia inmensa!... ¡Figuraos que trabajo!...

—Siendo así, acepto sin más escrúpulos.

El general besó galantemente la mano de su mujer.—Hasta luego, Natacha—dijo,—y bajó la escalera.

Yo la conduje á su otomana algo separada de las demas, y puesta al abrigo de una chimenea.

—¿Natacha?—dije.—¿Qué significa esa palabra? ¿Es vuestro nombre en ruso? Recuerda las estepas y tiene vago perfume de poesia exótica.

—Haceis mal en creer mi nombre interesante, pues ninguno hay más comun en Rusia. Todas las mujeres se llaman Natalias.

—Lo siento sinceramente. Vuestro nombre debia pertenecer á vos sola. Si yo fuera el Czar obligaria á cambiar el nombre á todas las Natalias del imperio.

En nada se advierte tanto la diferencia que hay entre unas mujeres y otras, como en el modo de aceptar los homenajes de la galanteria vulgar. Mme. de V... hace de ellos el menor caso posible, no adorando ni el incienso, ni su perfume, y recibéndole con asustadizo encogimiento. Esto la hace más simpática. Cambié de conversacion, y, durante media hora, sólo hablé de sinfonias y melodias.

—A propósito—le dije, —¿por qué no tocais nunca, sintiendo tan bien la música?

En el gesto que hizo conocí que iba á contestarme:

—Puesto que nunca toco, ¿cómo lo sabeis?

—¡Ah! Os admira que haya hecho este descubrimiento. Pues es una historia que voy á referiros. Hace seis semanas, y durante una noche tempestuosa, estaba en mi balcon, cuando de pronto, al través del ruido de la tempestad, oí los acordes de un nocturno de Chopin. Presté atención, porque adoro á Chopin, y porque le tocaban de un modo admirable. Figuraos si perderia una nota. Al cabo de algunos momentos la música cesó, y ví salir al balcon inmediato una mujer vestida de blanco, como una hada ó una aparicion dominada por poético ensueño. He vuelto á ver á la mujer, pero no he oido más la música.

—Ni la volvereis á oír, os lo aseguro,—dijo alegremente.—Además, yo no toco el piano; atropello algo las teclas para entretenerme cuando estoy sola, y á eso se limita mi habilidad. En cuanto á lo del ensueño es otra acusacion de que debo defenderme. Yo no soñaba en nada aquella noche, ni nunca.

—Entónces ¿en qué pensábais? ¿Acaso en la formacion geológica de las rocas que un rayo de luna, á lo *Salvator Rosa*, con tanta esplendidez iluminaba?

—¿Teneis empeño en saberlo? Pues bien; pensaba en mi hijo.

—¿Y acaso no es soñar pensar en los que amamos?

—Si lo interpretais de ese modo...

—Ya comprendo; no quereis convenir en que, como todo el mundo, teneis horas de melancolía.

—La melancolía es la poesía de las almas enfermas ó inspiradas, y la mia no se halla en ninguna de ambas situaciones.

Habia en este diálogo, á pesar del tono indiferente, no sé qué sentimiento indefinible, extraño hasta entónces á nuestras entrevistas. Ella lo conocia como yo, y lo conocia con secreto disgusto. Levantóse, dió algunos pasos hácia el pretil, permaneció silenciosa dos ó tres minutos, miró á lo léjos y empezó á pasear por la terraza, con su paso cadencioso, que hacia ondular la falda del vestido. Yo tambien me habia levantado y la acompañaba.

A pesar de mis repetidas tentativas para animar la conversacion, ésta languideció. Madame de V... parecia distraida, y yo muy poco ingenioso, por lo cual tácitamente convinimos en no comunicarnos nuestras recíprocas impresiones, siguiendo cada cual por su parte el curso de sus ideas. De pronto me preguntó mi opinion sobre

un libro cuyo melancólico héroe llora su fatiga de vivir y su incapacidad para amar. Lo comparaba ella á Werther, y preguntándole yo por la rara intuicion que le permitia definir de un modo tan exacto sentimientos que jamás habia experimentado, me dijo:

—¿Acaso es indispensable sentir cuanto se sabe? ¿No hay multitud de cosas que se comprenden sin conocerlas?

—Seguramente... Por ejemplo, la felicidad. Todo el mundo comprende lo que es y nadie la conoce.

—¿De véras? Pues habia creido que la buena voluntad de las personas entraba por mucho en el hecho de creerse felices ó desventuradas; porque al fin la felicidad no está fuera de nosotros... Está...

Pareció que titubeaba.

—Continuad; os lo ruego. ¿Dónde está?

—Me parece que en nosotros mismos. La felicidad la constituyen los goces de la amistad y de la familia, accesibles á todo el mundo; es el sentimiento del deber realizado, es la conciencia de nuestra utilidad; es, sobre todo, la repulsion de los deseos egoistas.

Detúvose, temiendo parecer pretenciosa, y añadió sonriendo:

—No me llameis predicadora, puesto que vos mismo me habeis pedido mi profesion de fe.

—¿Qué ocurrencia, señora!... Al contrario, vuestra idea de la felicidad me admira como idea original digna de vos. Lo cierto es que no la colocais muy alta al decir que pertenece á todo el mundo. ¿Creeis de véras, que la generalidad de las personas entienden por felicidad la conciencia de un equilibrio íntimo que armonice los pensamientos y las acciones, los sentimientos y los deberes? La última consecuencia lógica de vuestra tesis consiste en ser una misma cosa feliz y buena... y en el pensamiento humano estas dos palabras significan casi siempre dos ideas. ¿Cómo las conciliais vos?

—Acaso se engañe el pensamiento humano.

—Acaso; y eso es ya una concesion de vuestra parte.

—Cidme—dijo de un modo algo brusco,—soy franca; lo que he dicho de la felicidad es lo que creo que es algunas veces. En el fondo no sé si soy yo ó vos quien se equivoca. ¿Es esta tambien otra concesion?

Deseaba contestarle: «Es mucho más,» porque me parecia que se habia rendido demasiado pronto á mis argumentos, y lo sentia. Aquella noche no era la misma que otras veces, notándose en ella una excitacion nerviosa que no le era habitual. Aproximóse al pretil y se recostó sobre él.

En aquella actitud, envuelta en un chal blanco que le cubría los hombros y aprisionaba sus cruzados brazos, parecía á la Polymnia del Louvre, que, cubierta con su *peplum*, se apoya pensativa en el fuste de una columna.

—¡Qué bello paisaje!—dijo.

Entre dos picos de rocas acababa de aparecer la inmensa luna roja. Todo el cuadro se iluminó de pronto, viéndose como de día. Mme. de V... continuaba mirando y parecía absorta.

Te aseguro bajo palabra de honor, amigo mio, que, al aceptar aquella entrevista, no sabía si la amaba; pero un vago temblor agité mi cuerpo cuando, volviendo hácia mí su mirada, que venía de léjos, me dijo con su aspecto tranquilo:

—¿No lo admirais?

Apoyé ámbas manos en el pretil, é inclinándome un poco la miré en lo profundo de sus ojos.

—Hablamos de felicidad—le dije en voz baja.—¿Sois dichosa?

Conmovióse, y volvió un poco la cabeza.

—Sed franca conmigo... como hace un momento.

Tardó algunos instantes en contestarme, y despues, con voz lenta, como quien al hablar procura darse cuenta de sus ideas, dijo:

—Jamás me he preguntado si era ó no feliz. Ahora me lo pregunto, y creo que no lo sé.

—Yo lo sé—le dije bajando más la voz.—No habeis amado jamás, y la felicidad es el amor.

Dirigióme rápida mirada.

—¿Por qué me decís eso?

Su acento era breve; la expresion de su fisonomía habia cambiado de pronto, y sus facciones reflejaban inquieta sorpresa.

Vi el abismo que se abría á mis piés y se apoderó de mí el vértigo, sintiendo el desvarío de quien rueda por la pendiente de un espantoso precipicio. Con aterrados ojos media la extension del peligro é instintivamente buscaba punto de apoyo, asiendo la voluntad que se me escapaba. Llamé en mi ayuda al honor. Repetíame que, un paso más, seria una cobardía cometida contra una mujer cuyo corazon se turbaba. Debía defenderla contra mí, contra sí misma; pero ¿dónde encontrar la fuerza? Todas estas ideas pasaron como huracan por mi mente. Volvíme á ella, y le dije:

—Empieza á refrescar; témo que el frio os haga daño; podemos andar un poco. ¿Quereis apoyaros en mi brazo?

Se apoyó ligeramente, y dimos en silencio dos ó tres vueltas.

La disposicion de las paredes que cortaban la terraza era tal, que, aunque reunidas en corto trecho, no era fácil ver las personas de un vivac

á otro; pero paseando á lo largo del pretil, veíanse sucesivamente los distintos grupos.

Casi todos los que habian quedado en la terraza para admirar la naturaleza dormían á pierna suelta. Sólo algunos jóvenes de ámbos sexos fumaban cigarrillos y hablaban en voz baja. No sé cómo me acuerdo de estos detalles, porque ni pensaba en ver, ni seguramente veía nada; pero, á causa de un extraño fenómeno, bastante comun, los objetos se fotografiaban en mi cerebro sin el concurso de mi voluntad, y encuentro en mi memoria los cuadros de aquella noche con tanta precision, cual si los hubiera observado con escrupuloso detenimiento.

Ocupadas entre sí, ninguna de aquellas personas se acordaba de nosotros. Ella y yo conocíamos nuestra soledad entre el estrellado cielo y aquella tierra admirablemente bella. Iluminado por la débil luz de la luna, el paisaje era una mansion de hadas. El encanto de aquella soledad me infundía pavor y me fascinaba. Al buscar en mis pensamientos, que no podía sujetar, una palabra vulgar ó indiferente que á los dos nos salvara, sólo encontré inexplicable turbacion; todo, hasta el silencio que guardábamos, tenía para nosotros elocuencia irresistible. A cada minuto íbamos perdiendo terreno en el mundo de la realidad, y el círculo mágico se estrechaba á nuestro alrededor.

Te juro, amigo mio, que he hecho lo imposible; que, con esfuerzo sobrehumano, procuraba hablar de cosas indiferentes.

Corrió una estrella en el firmamento.

—Ya sabeis—le dije,—que se debe desear algo cuando se ve correr una estrella. ¿Qué habeis deseado?

Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en sus labios; quiso contestar, y en vez de hacerlo, sus ojos me miraron con una expresion en que se veía el miedo, mezclado á no sé qué vaga esperanza. Sentía que temblaba todo su cuerpo y que la oprimía una respiracion anhelosa. El último átomo de razon que me quedaba desapareció.

—Calmaos, os lo suplico, murmuré; y, perdiendo completamente la cabeza, cogí con mi mano la mano que en mi brazo se apoyaba.

Y al mismo tiempo, medio loco, me decía:

—¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué va á suceder! ¿Qué es lo que hago! ¡A qué abismo voy á arrastrarla!

El impulso que me arrojaba por la pendiente era irresistible. La conduje á la otomana y me senté junto á ella. Sus manos, medio heladas, permanecían inertes entre las mias, y sus ojos, más grandes que nunca, me miraban enajenados.

Hay segundos que valen por siglos, y las emociones devoradoras que en ellos se sienten, no se

repiten jamás en la vida del hombre. Durante el cuarto de minuto que permanecemos así, el uno junto al otro, veía girar á mi alrededor todos los objetos, y centellear millares de metéoros. Me incliné hácia ella, la cogí en mis brazos y la estreché contra mi corazón. Creyéndome presa de un sueño, besaba sus cabellos, su frente, su cabeza, y un rápido beso ahogó en su boca un grito de espanto. No hay palabras para decir la embriaguez de aquel instante. Sentía materialmente que el alma me abandonaba, obedeciendo á un trastorno súbito y universal de todas las cosas. La tierra huía de mí, caía sobre nosotros el cielo, y sombrío torbellino, iluminado á veces con claridades deslumbradoras, nos arrastraba á mí y á ella, aprisionada en mis brazos.

En el primer momento se irguió al sentir el abrazo, pero en seguida, embriagada, vencida, palpitante, cayó desfallecida sobre mi pecho. La miré, estaba infinitamente bella. Un resplandor sobrehumano iluminaba su semblante, trasfigurándolo. La pasión había estallado como el rayo en aquella alma virgen, ignorante del amor y ni siquiera acostumbrada á soñar con él. Parecía tener nueva vida, cuyo poderoso aliento la alejaba de este mundo. Su cabeza, ligeramente inclinada sobre mi brazo, estaba radiante, dominándola un delirio de que no tenía conciencia. Sus ojos, cuyo color había cambiado súbitamente, haciéndose más oscuro y profundo, brillaban como estrellas. Sentía bajo mi mano los latidos de su corazón, y sus labios ardientes y húmedos se entreabrían como para llamar á los míos. Fuera de mí, oía en las sienes la pulsación de las arterias, y cuando mis labios, rozando la mejilla llegaron á su boca, la sensación fué tan violenta que pareció dolorosa.

No sabía lo que iba á hacer. Sus manos, retorciéndose entre las mias, me quemaban como una llama. De pronto me rechazó débilmente, y observé en ella una palidez horrible. Sus brazos se aflojaron, cerráronse sus ojos, y cayó sin movimiento sobre el diván. Me arrodillé. La creía muerta. Recuerdo haberme dicho, con esa sangre fría que se tiene en las grandes crisis: «Si dentro de dos minutos no me habla, yo también moriré.» Pasé mi brazo por debajo de su cuello, y, á los pocos instantes, abrió los ojos, dirigiendo á su alrededor esa mirada vaga y asustada de las personas que recobran los sentidos. Aquella mirada que se detuvo un momento en mí, sin conocerme, causóme profundo dolor.

Poco á poco la vida fué volviendo á sus ojos, y, de rodillas junto á ella, con su cabeza apoyada en mi hombro y bañadas mis mejillas con sus cabellos, empecé á hablarle, acudiendo á mi boca las

palabras como impetuoso torrente. Mi corazón, que siempre había comprimido y ahogado, despertaba de pronto, encontrando, sin buscarlas, todas las frases propias de la infinita ternura, de la adoración que aquella mujer me inspiraba. Cual si me lo hubiesen revelado, acababa de aprender el lenguaje de la pasión que sólo una vez en la vida se habla de corrido, balbuceándose apenas las demas. Ella me escuchaba sonriendo vagamente como si soñase, puestas sus dos pequeñas manos en una de las mias, que, de vez en cuando, estrechaba contra mis labios. Al verla recostada en mis brazos, experimentaba una felicidad tan grande, que no me atrevía á turbar con caricias más vivas la encantadora calma de aquel momento. A veces temblaba ligeramente su cuerpo; á veces un movimiento de cabeza arrojaba contra mi rostro su perfumada cabellera en desorden, y entonces corría por mis venas mortal languidez, murmuraba su nombre, y, besando enloquecido sus cabellos, permanecía muchos minutos sin poder proferir una palabra.

La corta noche tocaba á su fin. La luna se ocultaba por detrás de las grandes montañas. Un reflejo blanquecino en la extremidad del cielo anunciaba la salida del sol. No podíamos permanecer allí más tiempo, y, estrechándola más contra mi corazón, le dije que era preciso separarnos. Al parecer no comprendió bien el sentido de mis palabras, pero obedeció, como si sólo el impulso de mi voluntad la arrastrase. Levantóse y maquinalmente empezó á arreglar sus cabellos.

Sosteniéndola, casi llevándola, bajé con ella la escalera; andaba cual si fuese presa de una alucinación, y cuando pude ver su rostro á la luz del gas me dió miedo. Pálida como el mármol, veíanse en lo alto de sus mejillas dos pequeñas manchas de color de rosa ardiente. Sus ojos secos y dilatados brillaban cual si tuviera fiebre. Había en su belleza una especie de resplandor sobrenatural, como si el alma estuviera junto á la piel.

A pesar mio temblaba, conociendo que me era imposible dejarla. Una idea insensata pasó por mi imaginación. Quise cogerla tal y como se hallaba y llevármela muy lejos; al fin del mundo.

—¿Quereis?—la dije, deteniéndome y mirándola fijamente á los ojos.

Creo que no estaba en mi cabal juicio. Afortunadamente ella no me comprendió.

Gracias á un poderoso esfuerzo de voluntad volví á ser dueño de mí. A la puerta de su habitación la esperaba una doncella que dormía sentada en una silla, y que despertó al acercarnos. Era preciso que nos separásemos á la vista de aquella muchacha: sentía temblar sobre mi brazo la mano de Mme. de V... y temí una impruden-

cia. Estábamos á la entrada del corredor, y mientras que la doncella, aún medio dormida, encendía con insegura mano una cerilla, acerté el paso, y en voz baja pronuncié algunas palabras rápidamente para calmar su agitación, apelando á su generosidad.

—Por Dios, tened ánimo, os lo suplico. No sabéis el daño que me estais causando. ¿Queréis que al pensar en vos pierda también en este momento el poco valor que me resta? Podeis y debéis tranquilizaros, siquiera por compasión hacia mí.

Dibujóse en su rostro una sonrisa preñada de lágrimas, más conmovedora que un sollozo, y dejó caer sobre mi brazo su cabeza, que rechacé con un movimiento casi brutal, porque la doncella volvía hacia nosotros en aquel instante. Llegamos á la puerta de la habitación en el momento en que se extinguía mi valor.

—Buenas noches, señora—la dije inclinándome, y, por miedo á que cometiera una imprudencia, ni la di la mano ni me atreví á mirarla. La puerta se cerró detrás de ella. Su desaparición, formando el vacío á mi alrededor, prodújome la sensación que se experimenta al frío contacto de la muerte. Gracias á un violento esfuerzo vencí aquella debilidad, y la sensación de mi dicha, suspendida un instante, afluyó de nuevo como ola de fuego á mi corazón.

Revue des Deux Mondes.

(La continuación en el próximo número.)

DON FERNANDO EL EMPLAZADO,

ÓPERA EN TRES ACTOS,

DE DON VALENTIN ZUBIAURRE.

Corría la primavera del año de gracia de 1866, y casi aún *duraba de Mayo la estación florida*, cuando uno de esos días en que más convida la naturaleza al perezoso madrileño á solazarse y echar una cana al aire por esos campos de Dios, tropecé, por mal de mis pecados, entre otros papelotes que había sobre mi mesa, con un billete que la Dirección del Conservatorio tenía la galantería de enviarme para que asistiese á los ejercicios de concurso al premio de composición. Confíesote, querido lector, que mi primera idea fué enviar á paseo, no sólo á mi persona, que de ello tenía ganas, sino á la misma diosa Euterpe, que indirectamente parecía obligarme á trocar las anchuras del campo por un recinto cerrado por cuatro paredes, y el puro y balsámico ambiente

del Retiro, punto objetivo de mis proyectos estratégicos, por la viciada atmósfera que produce la reunión, siempre numerosa, que á los tales concursos suele asistir. Pero nobleza obliga, dice un antiguo mote; y esto de llamarse uno aficionado, aunque lo sea de tres al cuarto, como por desgracia lo soy yo, suele traer sus compromisos, entre los cuales creí ver el de cambiar mis planes; á lo cual, confíesote lector amigo, me inclinaba también la casi tradicional costumbre de asistir á esos certámenes desde que empezaron á verificarse. Hice, pues, de la necesidad virtud, y sacando fuerzas de flaqueza, encaminé mis pasos al salón del Conservatorio: llegué, acomodéme lo mejor que pude, y me dediqué á cumplir mi misión de oyente con toda la buena fe de que un hombre es capaz. Ni yo me acuerdo, ni á tí, caro lector, te importa, quiénes fueron los discípulos que al concurso se presentaron, ni las obras que allí se oyeron; basta para el caso presente decirte, que desde luego me llamó la atención las composiciones de uno de ellos, que tanto en el motete religioso como en el concertante dramático (que en ambas cosas consistía el ejercicio) probaba, á mi ver, sólidos conocimientos de armonía y contrapunto, y originalidad en las ideas. Habíame deparado la suerte al lado, un jóven que, por el interés con que oía las tales piezas, comprendí que estaba en el secreto de quién era su autor, no porque las gentes del Conservatorio hubiesen faltado á su casi sacramental sigilo, sino porque, tal vez, el padre de la criatura le habría dado tales pelos y señales de ella, que no fuese difícil dar con la pista y conocerla. Como mis aplausos se unieron á los suyos, el buen hombre trabó muy luego conversación conmigo; y á las pocas palabras que cambiamos ví que tenía que haberme las con un *euskáro* de tomo y lomo, ó, como por acá decimos, con un *turris eburnea* de los piés á la cabeza.

—Veo, y me alegro,—dijo,—que le han gustado á V. estas composiciones.

—Hombre, sí,—le contesté;—me parece ver conocimientos sólidos en la parte técnica y científica de la composición; veo la bastante originalidad para suponer que, andando el tiempo, puede ser su autor un compositor de provecho, y en el todo de estos trabajos creo ver también el sello del maestro que le ha enseñado. No arriesgaría gran cosa,—añadí,—en decir, que tras de las hojas de esas partituras se descubren las puntas de la sotana de nuestra gloria musical, el maestro Eslava.

—Ha adivinado V.,—me replicó,—sí, como creo, lo que acabamos de escuchar es obra de mi paisano y amigo Valentin Zubiaurre.

Otro *euskáro*, dije para mi capote; y para salir de curiosidades y matar el tiempo miétras los jurados cumplieran su deber, dirigí á mi interlocutor una interpelacion en forma, en averiguacion del *nombre y apellido* de su paisano y amigo. Hé aquí en pocas palabras lo que saqué en limpio:

—Valentin Zubiaurre,—me dijo,—nació en mi mismo pueblo, Garay, en las inmediaciones de Durango, el 14 de Febrero de 1837; fecha que recuerdo por la partida de bautismo que nos mandó á pedir cuando quiso ingresar en este Conservatorio. Desde muy pequeño, y áun ántes que fuésemos á la escuela, que es de donde data nuestra amistad, y por lo cual no extrañará V. que haya batido mis palmas con más fuerza que pudiera dar á una pelota en las partidas de *ilé* que en mi tierra jugamos los domingos, recuerdo que ya tenia tan buen oído, que cuando nuestras madres nos llevaban á la iglesia del convento que allí tenemos, salia luego repitiendo lo mismo que las monjas habian cantado, lo cual chocó al señor cura, y desde luego empezó á enseñarle la poca música que habia aprendido en sus juventudes. Esto debió llegar á oídos del maestro Ledesma, de quien es más que posible no haya oído V. hablar nunca, puesto que le hizo entrar de cantorillo en la basílica de Bilbao, cuando no habia cumplido aún ocho años.

—Alto ahí, amigo,—dije interrumpiéndole:—conozco á ese maestro, al ménos por sus hechos, que por cierto le colocan justa y merecidamente en el rango de un compositor de primer orden. La *Lira Sacro-hispana* publicó un *Stabat Mater* suyo, á tres voces con acompañamiento de cuarteto de cuerda; preciosa composicion que por sí sola bastaria para dar el título de maestro á su autor; y no há mucho tiempo saboreé con verdadera delectacion morosa, como decian los antiguos moralistas, una magnífica coleccion de estudios y sonatas, que en cualquiera otra parte del mundo hubieran dado honra y provecho al maestro, pero que, en esta tierra clásica del garbanzo, sólo han servido de entretenimiento y solaz á unos cuantos aficionados.

—Pues bien,—contestó mi interpelado,—el señor Ledesma, que entónces como hoy era organista y maestro de capilla de la basílica de Santiago, empezó á dar lecciones á mi paisano, el cual pronto dejó atrás á todos sus condiscípulos, tal era de listo y aplicado, y tanto, que á los trece años, y por indicacion de su maestro, fué nombrado organista de la iglesia del vecino pueblo de Santurce, lo cual si no era precisamente una prebenda *post pontificalem*, era lo bastante, atendida su corta edad. Yo no sé,—añadió,—si esos pícaros anuncios, que Dios confunda, de buques

á Buenos Aires, que pegados los vemos hasta en la más miserable de nuestras anteiglesias, y á lo cual no sin razon creo yo se ha dado en llamar trata de blancos; ó si fué la casa de algun *indiano* de los pocos que de allá vuelven con dinero á terminar sus dias en el mismo suelo que los vió nacer; lo cierto es, que á mi amigo le empezó por lo visto á escarabajar la idea de pasar el charco, y á ser justos, el móvil que le guiaba, segun despues supe, más que el de hacer dinero para procurarse buena vida en lo que le restase de ella, era el de recabar los medios de que él y su familia carecian para adquirir una sólida y buena educacion musical. Lo cierto es, que al fin echó más que el pecho al agua, pues un dia supimos en el pueblo que Valentin se habia marchado á la América del Sur. Tardó, y no poco, en escribirnos, tanto que ya casi le contábamos como una víctima más de tantos infelices que atraidos por el maldito *auri sacra fames*, que nos decia el dómine de Motrico, van á morir allí en la miseria, cuando nuestro buen cura recibió una carta suya. Mi paisano habia estado en Venezuela y La Guaira, y á la sazón se encontraba en Caracas; en dichos puntos se habia dedicado á dar lecciones, y el tiempo que éstas le dejaban libre lo ocupaba componiendo música, y habia hecho una zarzuela en un acto que se titulaba *Los dos ciegos*, y una misa á cuatro voces con acompañamiento de órgano, y yo no sé cuántas piezas para piano; todo lo cual, segun decia, le habia dado honra y provecho. Siete años se estuvo por allá, y cuando ya le creíamos dueño de alguna *pampa*, y hablando de pesos con la indiferencia y tranquilidad de un propietario de la Vuelta de Abajo, supimos que habia desandado el camino (esto sería á fines de 1860) y que, más rico de entusiasmo artístico que de pesetas, se preparaba á ingresar en este establecimiento y á estudiar la composicion con el Sr. D. Hilarion Eslava, de quien ya he visto hace V. todo el aprecio que tan respetable y sabio maestro se merece. Aquí ha estado cinco años hartándose de hacer bajetes, cánones, fugas, contrapuntos, trocados y qué se yo que embolismos más, que no he entendido en mi vida, y que para mí, á no dudarlo, serian específico seguro para tener jaqueca diaria, pero que, por lo visto, dan por resultado escribir obras tan bellas como las que acabamos de oír y aplaudir...

La oportuna intervencion de la campanilla presidencial dió punto al relato de mi interlocutor y me dejó oír que el jurado concedia por unanimidad la medalla de oro al tiplecillo de Bilbao, al organista de Santurce, al viajante por América, es decir, al mismísimo D. Valentin Zubiaurre, cuya historia y curioso romance acaban de saber

mis lectores. Dicho lo cual, y dado el aplauso de cajon, saludé cortesmente á mi vecino de asiento, y traté de echarme á la calle lo más pronto posible.

Si yo fuera dado en mis pobres borrones á lo sentimental y melancólico, ó tuviera la mala intencion de trasmitirte algo del negro humor que me domina al escribir estas cuartillas, que Dios te libre de él, te diria, lector mio, las reflexiones que se me ocurrieron al bajar aquella escalera que, entre paréntesis, nádie creeria que conduce al templo de las Musas. Ese pobre mozo, decíame yo, sale hoy de aquí lleno de entusiasmo y fe en su arte; se cree, por lo ménos, que en cuanto su triunfo se sepa, las empresas de teatros le solicitarán, se verá asediado de poetas que le ofrezcan zarzuelas y libretos de óperas á granel, y ¡quién sabe, si como coronamiento de todos sus castillos en el aire, se figurará que con el tiempo su nombre ha de andar barajado con el de tantos otros que han dado gloria á su país en el negro campo de las semicorcheas! ¡Pobrecillo! Pasarán y pasarán dias; volverán otra vez las golondrinas, y nádie asomará por su puerta, y ni el empresario más tronado, ni el más infeliz coplero se acordarán de él, y al fin y al cabo, dará un adios á sus dorados sueños y tendrá que volver á ser *leccionista*, es decir, á ganar el cielo por uno de aquellos dos únicos caminos que Santa Teresa señala para alcanzarle, ó irá sino de músico mayor á un regimiento, ó si tiene la vocacion de sitiar la gloria por hambre, aspirará á maestro de capilla de una catedral, pudiendo contarse como verdadera *rara avis*, si al fin encuentra un poeta regular que le escriba una zarzuela, una empresa que la admita, y, admitida, que la ponga en escena (para lo cual los pasos de la Pasion son pocos, en número se entiende, con los que tiene que dar), y consiga despues que se la canten, lo cual no es tan fácil como parece, y que se la canten bien, lo cual entra casi en la categoría de los imposibles, y, por último, que dé gusto á los señores, esto es, al bondadoso é indulgente público. Que este y no otro es el desconsolador cuadro que presentan no pocos jóvenes de indisputable talento que han salido laureados de nuestro Conservatorio.

En estas reflexiones, que al fin y sin querer he dado en quinta esencia á mis lectores, anduve el camino á mi casa, dando por bien perdido mi paseo; y gracias á esta humana fragilidad y á mi mala memoria, á decir la verdad como hombre honrado, á los pocos dias contribuia yo inconscientemente, como ahora se dice, á poner en el olvido el nombre de Zubiaurre, no acordándome ni poco ni mucho de él y de su triunfo artístico.

Así pasaron tres años, cuando en un periódico

musical á que yo estaba suscrito, vi anunciado un concurso llevado á cabo por la iniciativa de los reputados maestros Eslava, Arrieta, Romero, Eslava (B), Monasterio y Calahorra para la adjudicacion de dos premios á las dos mejores óperas con letra española que en un plazo dado se presentasen. Ocho lo fueron, y de ellas el jurado, si mi memoria no me es infiel, adjudicó el primer premio por mitad, con justicia é imparcialidad notorias, á la *Atahualpa*, de D. Enrique Barrera, maestro de capilla de la catedral de Búrgos, y al *Don Fernando el Emplazado*, de Zubiaurre, discipulos ambos del maestro Eslava, y el segundo, en la propia forma, á *El Puñal de misericordia*, de D. Rafael Aceves y D. Antonio Llanos, y á *Una Venganza*, de los hermanos D. Manuel y D. Tomás Fernandez Grajal, unos y otros alumnos que habian sido del actual director del Conservatorio Sr. Arrieta.

No mucho despues, agitóse la idea de poner en escena las obras premiadas, y gracias á la iniciativa de D. Aquiles Di Franco, y á la actividad infatigable de D. José de Cárdenas, tan entendido aficionado como distinguido escritor, se formó una sociedad al efecto con el nombre de *Centro artístico-literario*, que, merced á la propaganda eficaz que aquellos ejercieron, tomó cuerpo y reunió los fondos necesarios para llevar á cabo el pensamiento. Por fin el 12 de Mayo de 1871 se puso en escena en el teatro de la Alhambra, bajo la hábil direccion del inteligente Monasterio, gloria y honra del arte músico, el *Don Fernando el Emplazado*, cantado por la señora Doña Clara Nuevos y D. Guillermo Hunt, decididos protectores y cooperadores de la obra, la señorita Doña Cármen Gonzalez de Neda y los señores D. Javier Galardi, D. Antonio Oliveres, D. Francisco Cortabitarte, D. Juan Fernandez Cortés y D. Vicente Polo. El coro de mujeres se formó con alumnas del Conservatorio y coristas de los teatros, y el de hombres lo compusieron, en su gran mayoría, paisanos y amigos del autor, entre los cuales quién sabe si estaria aquel *eusháro* á cuya complacencia debí los apuntes biográficos con que he empezado este artículo.

Cinco representaciones se dieron de la ópera y en todas recogieron grande y merecida cosecha de aplausos su autor y sus intérpretes; la prensa entera los elogió, y la idea de la creacion de la ópera española volvió de nuevo á la palestra, siendo objeto de animados debates y curiosísimos y bien escritos artículos. Discutióse largamente sobre la posibilidad de su creacion y los medios de llevarla á cabo: pretendióse por algunos, con más ingenio que razones, que la música era cosmopolita; y los que tal decian, miraban como vana ilusion

la de creer que en cada país podía tener un carácter especial en una época en que hay como una especie de libre-cambio de genios, y de incansante comunicacion y propagacion de ideas y de gentes, de centralizacion y solidaridad de costumbres, de gustos y hasta de trajes; olvidándose que cuanto más los individuos tienden á unirse en estrecha amistad, más sus caracteres y su personalidad resaltan, y que con sobrada razon se ha dicho, que acercarse es compararse, y compararse es distinguirse; y haciendo tambien caso omiso de que la historia de las bellas artes es el más patente ejemplo de que cada nacion siente á su manera; que la arquitectura gótica de San Dionisio y Notre Dame de Paris no es la de nuestra catedral sevillana ni la de la inmortal Toledo; ni Rafael pintaba las Vírgenes como Murillo, ni unos mismos afectos y una misma pasion la hacian sentir Mozart que Herold y Boieldieu, ni Meyerbeer que Rossini; y en suma, no teniendo en cuenta que seria bien singular que el arte fuese uniforme en todas partes, cuando la sangre, los tipos de belleza, el clima y hasta el aspecto mismo de la naturaleza son diferentes. Y no pararon aquí las discusiones: entre los que creyeron que podía y debia fundarse la ópera nacional, estallaron profundas diferencias. Los defensores á capa y espada de la zarzuela, vieron en ella el germen único y exclusivo de donde habia de nacer, y otros, por el contrario, creyendo á ésta bastardeada desde sus primeros pasos, combatieron la idea con todo el ardor que el caso exigia á su juicio. No diré si unos ú otros se equivocaron; lo que sí puedo asegurar es, que, á mi pobre juicio, exageraron por lo ménos, dado que mi teoría en esta cuestion no es otra que el vulgar y manoseado refran de *por todas partes se va á Roma*, y que lo que se necesita para fundar la ópera española es músico que la cree y gobierno que la proteja. Sin esto último, es inútil todo empeño; aquí, donde la nómina es una verdadera ley de pobres, y en que la riqueza, al ménos en su aplicacion á las bellas artes, salvás pocas pero honrosísimas excepciones, un verdadero mito, los esfuerzos individuales serán insuficientes de todo punto: y en cuanto á lo primero, es á mi ver ilusion, y no pequeña, la de creer que basta un *fiat* para que haya ópera nacional: la habrá cuando haya un músico que la cree, y así y no de otro modo nació en Italia con Scarlati, Leo y Pergolesse; en Francia con Lully y Rameau; en Alemania con Weber, y con Glinka en Rusia.

Dejando á un lado esto, y no sin pedir al lector perdone la digresion, diré que, á muy luego del estreno del *Don Fernando*, nació la idea de ponerle en escena en el Teatro de la Ópera, vuelto á su

pristino estado, esto es, abandonando la infeliz traduccion que se habia hecho, en lo cual no se perdía gran cosa, y conservando el libreto tal como lo habian escrito Castelvechio y Palermi, y sobre cuya letra puso primitivamente su música el maestro Zubiaurre. Si la idea tomó cuerpo, ocioso es decirlo cuando el domingo último hemos asistido en el coliseo de la plaza de Oriente á la representacion de *Don Fernando el Emplazado*.

El título sólo, indica sobradamente que el argumento de la ópera está basado en la conocida leyenda de la muerte de los Carvajales, ordenada por aquel rey, á quien, al decir del príncipe de nuestros historiadores, nadie podía aplacar en sus arrebatos *«por ser intratable cuando se enojaba y no saber refrenarse en la saña,»* si bien achacando el trágico suceso de los dos caballeros catalavos, no á la alevosa muerte que en Palencia se dió á Juan Alfonso Benavides, sino á los rabiosos celos que el monarca tenia de uno de ellos, amante correspondido de Estrella, dama de la corte y hermana de un Don Rodrigo, astuto palaciego y cortesano rastrero, del número de aquellos de quienes Mariana dice conocian á fondo la condicion de su Rey y *«se aprovechaban della á propósito de derribar y malsinar á los que se les antojaba,»* pues que hábilmente explota la pasion del monarca, provoca de acuerdo con él un falso motin para hacer fautores de él á los dos hermanos Carvajales y justificar con ello las iras de Don Fernando, quien los condena á muerte, pereciendo éste al cumplirse el fatal término por que fué emplazado por aquellos al ser arrojados por la peña de Martos, sin obtener el moribundo rey una palabra de perdon de Estrella, causa inocente de todos estos desastres, segun el libreto.

Por lo que se ve, el argumento se presta, y las tiene, á buenas situaciones musicales: hay en él una mezcla de religioso y fantástico que el músico puede y debe aprovechar, y á decir verdad ha aprovechado, y un interés bastante sostenido en los dos primeros actos: ¡lástima que el tercero, reducido á la agonía y muerte del Rey, languidezca y decaiga no poco! En cuanto á la letra, no es de esperar que immortalice á sus autores, los cuales, de paso sea dicho, han ajustado la estructura de todas las piezas al uniforme é invariable patron de las óperas italianas, hoy por demás anticuado, perjudicando, y no poco, á nuestro humilde parecer, al músico que ha tenido que amoldar su inspiracion á formas que ya pasaron, y es de creer no vuelvan.

Las dimensiones ya demasiado largas de este artículo, y el temor de abusar de la paciencia de

mis lectores, me hacen desistir del propósito que tenía de analizar detenidamente la parte musical de la obra, y limitarme tan sólo á indicar lo más notable que en ella se encuentra. Desde luego llama la atención el prelude que sirve de comienzo, y que, como los de los actos siguientes, se distingue por su buena y entendida instrumentación, así como por el acierto en la elección de los motivos: en el que nos ocupa están condensados, por decirlo así, los más dominantes, y también los más bellos de toda la partitura. El acto empieza luego por un coro de verdadero carácter religioso, y en el que la manera con que están escritas las voces prueba que es discípulo aprovechado del maestro que en nuestros tiempos ha entendido cual ninguno este género: el recitado del gran Maestro de Calatrava que á luego sigue, está muy en carácter y contrasta hábilmente con la apasionada romanza, de gusto completamente italiano, en que Don Pedro Carvajal confía á su hermano el amor que profesa á Estrella, y que es una de las melodías mejores de la ópera, á nuestro modo de ver. Uno tras otro vienen despues dos coros (de lo cual hay sobrada profusion en toda la ópera), de animación y buen efecto, sobre todo el primero:

Sulle soglie del tempio sacro,

escrito en tiempo de marcha, muy rítmico y de verdadera distinción. Otro tanto quisiéramos decir de la romanza de Estrella:

Lo vid'io sognando,

y el dúo que canta con su amante Don Pedro; pero aquella no se distingue por su originalidad, ni la música corresponde, á mi juicio, al terrible sueño que la dama relata á su confidente Violante, ni el dúo revela los celos que Don Pedro tiene del Rey, ni el amor de Estrella. El acto termina con la escena en que Don Fernando IV anuncia su casamiento, y con la prisión de los Carvajales á quienes el traidor Don Rodrigo, como ya hemos dicho, señala vilmente como fautores de un motin en defensa de la madre del Rey, Doña María. El concertante, mirado en su conjunto, es grandioso y de excelente efecto, y de ello es prueba los entusiastas aplausos con que fué recibido. ¡Lástima grande que el compás de tres por cuatro, el tono de *re bemol* en que está escrito, y hasta la manera de empezar traigan á la memoria uno de los mejores finales que Donizetti escribió! El Sr. Zubiaurre se desquita luego con el bellissimo y dramático recitado que sigue, y con el allegro final, notable por el fuego y la pasión con que está concebido y escrito.

Comienza el segundo acto, el mejor de la ópera en mi opinión, con un prelude del mejor gusto, y

dando de pasada la romanza del Rey, y el dúo con Estrella, cuyo allegro

Speri in van che al mio rivale,

es de animación y tiene verdad, llegamos al mejor trozo de la ópera, no por sus dimensiones, sino por la originalidad de las ideas, lo bien entendido de su estructura y la manera con que está instrumentado: el *ritornello*, que precede á la escena de la cárcel, donde están prisioneros los dos hermanos, y que basta por sí sólo, si no sobrarán motivos para ello en el resto de la obra, para dar el título de maestro á su autor. Sigue un tercetto, *capo di ópera* también, en esta partitura, y en cuyo recitado repite el tenor (Don Pedro) la frase bellissima del *ritornello*, cuando dice:

Vien diletta

A questo core...

El andante es de lo mejor que ha escrito Zubiaurre, por su estructura, por la distinción que en todo él hay, y por lo bien marcado que está el contraste entre el amor y la pasión de los dos amantes y la severidad majestuosa del calatravo Don Juan; siendo notable la frase de Don Pedro

¡Ah! piu non v'e giustizia

L'empio impune andrà.

El grave canto del pregonero que anuncia la sentencia, sobrio de armonía y muy en carácter, las solemnes palabras de Don Juan,

Nel nome del signore

I sacri voti a stringere,

y el vigoroso y bien sentido allegro con que termina este tercetto, le hacen ser, como ya he indicado, una de las piezas capitales y mejor sentidas y escritas de la ópera.

Aquí ha terminado el segundo acto en el coliseo de Oriente, dividiendo en dos el de la partitura. Empieza el tercero, pues, en que se verifica el cruento suceso de la muerte de los Carvajales, con un coro dialogado de muy buen efecto. A tener una severidad de Aristarco, pudiera objetarse que la frescura y la alegría que reina en todo él contrastan con la tristeza que debiera revelar el pueblo congregado para ver el trágico fin de los dos hermanos, por más que la práctica enseña que aquel asiste, aún en nuestros días, á parecidos espectáculos, sacando de ellos no la ejemplaridad que los criminalistas desean, sino motivo de bullicio, y, triste, muy triste es decirlo, hasta de diversion. Al coro, fraccionado en distintos grupos, sucede un unísono en tiempo moderato que decide mucho de la originalidad del motivo anterior; pero ¿sería posible escribir nada inspirado con una letra, de cuyo original hacemos gracia á nuestros lectores, pero cuya traducción, tal cual

se cantó en el teatro de la Alhambra, no podemos resistir á la tentacion de copiar, y que decia así?:

*Lo que aquí nos ha traído,
En verdad no es divertido,
Pero todo alegre al alma
Y nos brinda algún soláz.*

¡Este soláz era ver destrozarse los cuerpos de dos infelices!!!... ¡Compadezcamos al compositor que para inspirarse, lo primero que tiene que hacer es olvidar la letra sobre la cual ha de escribir su música!

A un recitado de carácter dramático, sigue una marcha fúnebre de bastante originalidad y verdad, bien desarrollada, y en la que hay un trozo de coro de mucho interés, la cual creo yo debe contarse como una de las piezas de importancia de la obra, bastante más que el andante del concertante que sigue, y cuyo segundo motivo tiene una reminiscencia que me trajo á la memoria una ópera *de cuyo nombre no quiero acordarme*. Termina el acto con el emplazamiento, página inspirada de esta partitura por lo majestuosa é imponente, y con una stretta de importancia por su magnitud y estructura, por la riqueza de armonía que tiene y lo hábilmente instrumentada que está.

Ya he dicho ántes que en el tercer acto el libro decaía, y esta languidez se vé comunicada á la música: pasando por alto un coro del que, al oírlo, me sucedió lo que al gran Lope en aquel *monte y plácida laguna*, y un himno que no quisiera tuviera compañero; dando un aplauso á la romanza de barítono, otro no menor á la frase de Estrella en el recitado del duo con Don Fernando

*Si, l'immagin della morte,
Scorgo già nel tuo sembiante,*

y mis plácemes por el allegro del mismo duo, llegamos mis lectores y yo á la aparicion de los Carvajales y muerte del Rey; escena verdaderamente dramática y hábilmente pintada por el señor Zubiaurre, con que terminó la obra, cayó el telon y empezó en el teatro de la Opera, no la silba, como decia Larra, sino espontáneos y ruidosos aplausos, de los que me declaro cómplice, al autor, á la Fossa, á Tamberlick, Boccolini y Ordinas, que contribuyeron, cantando con fe, entusiasmo y verdadera maestría al buen éxito de la partitura del maestro vascongado.

El Sr. Zubiaurre, segun manifiesta en la dedicatoria que de su ópera hace al maestro Eslava, á falta de ejemplos que imitar en su pátria, ha querido al escribirla «amalgamar y reunir la elegancia, expresion y naturalidad de la melodía italiana, con el lujo, brillantez y riqueza instrumental de la escuela franco-alemana», es decir, ha

querido tomar, como el personaje de Molière, lo bueno donde quiera que lo encuentre; idea, á mi pobre juicio, tan acertada como plausible, pero cuya realizacion no ha sido tan completa como su autor se propuso; teniendo no poca parte en este pecado la forma del libreto que le ha hecho inclinarse, quizá sin darse cuenta de ello, del lado del procedimiento italiano, más que de la escuela de Meyerbeer. Hay en la ópera trozos verdaderamente inspirados, como son, entre otros: el ritornello de la escena de la prision, el tercetto que le sigue, la marcha fúnebre y las frases del emplazamiento; pero el todo de la obra, más que genio, revela talento y saber, y esto, que podia ser un lunar andando el tiempo, no lo es ni puede serlo al presente. Querer exigir originalidad, carácter propio en la primera produccion de un compositor, á más de ser tan absurdo como ridículo, probaria en quien tal cosa pidiese una ignorancia absoluta de la historia del arte. Ya he dicho en otra ocasion, que todos los compositores empiezan imitando, y de esto no se eximieron, por cierto, ni Rossini, ni Bellini, ni Donizetti, ni el mismo Meyerbeer, y lo que es más, sus primeras obras, ó pasaron desapercibidas, ó sobre ellas cayó completo y merecido olvido. ¿Quién, sino, se acuerda de *La Cambiale di matrimonio*, con que empezó el cisne de Pésaro, y que, al decir de los inteligentes de entónces, era un plagio, más ó ménos voluntario, (que la conciencia de Rossini en este punto, y á pesar de su exuberancia de genio, no era de lo más estrecha) de Paissiello y Fioravanti? *La Emma di Resburgo* del autor del *Roberto* estaba saturada del rosinismo de la época: la *Bianca e Fernando*, de Bellini, no desmentiria mis asertos cuando Fetis escribia por entónces, que las obras del que más tarde compuso la *Sonnambula* «daban esperanzas, áun cuando la invencion no brillase mucho;» y poco valer y ménos originalidad tendrian las primeras producciones del autor de la *Luccia*; cuando todo el juicio que á sus contemporáneos merecian era este que se lee en una obra, algo rara ya hoy, que por entónces se escribió: «En el último rango, dice, de los compositores que hoy viven, se encuentran Donizetti y Sapienza, oscuros imitadores de la manera rosiniiana. Creo inútil, añade el autor que copio, dar la lista de sus obras: raramente salen de la ciudad ó del pueblo en donde se escribieron.» Si pues esto ha sucedido á los colosos, ¿seria justo pedir al Sr. Zubiaurre lo que á aquellos no les fué dado? En cambio, en la ópera de este autor hay, por regla general, mucha verdad en la pintura de las situaciones y fidelidad en el dibujo de los caracteres, sobre todo en el del calatravo Don Juan, cuya música es siempre severa, grave, y

con el tinte religioso que al personaje conviene. La estructura de las piezas, dado el corte italiano impuesto por los autores de la letra, es buena, y la obra toda está escrita con la corrección de quien en tan buenas fuentes ha bebido, demostrando no comunes conocimientos quien reviste, como Zubiaurre lo hace, con las ricas galas de la armonía, pensamientos á veces hasta triviales, dándoles novedad y frescura; por último, hay en la ópera excelentes efectos de orquesta dignos de aplauso, por más que en el todo de la instrumentación haya un lujo de sonoridad especial que recuerde, así como el sabor de algunas melodías, más que á Meyerbeer, al autor de *Hernani* y de *Nabucco*. Huya de este escollo el Sr. Zubiaurre y huya también, por Dios se lo pido, de mantener con demasiada frecuencia las voces en una tessitura alta, á lo que le veo inclinado; los amantes del *bel canto* se lo agradecerán, áun cuando esto le economice algunos aplausos de los *caballeros de la orden del grito*; sin que se deje llevar por esa funesta manía, hoy reinante, ni le sirvan de ejemplo en contrario lo que maestros de fama hagan en busca de una vana populachería, que para nada necesitan, y den el espectáculo, como el que no ha muchas noches presenciaba el autor de estas líneas, de oír un tercetto que por su situación reclamaba silencio y misterio, y que es, con perdon de Gounod y sus partidarios *a outrance*, una gritería imperdonable y sin disculpa.

El Sr. Zubiaurre, que es modesto, cualidad no comun entre los que cultivan las semifusas, comprenderá la sinceridad de estas observaciones, hechas por quien no tiene otros títulos para ello que el deseo de su adelantamiento y la esperanza de que adquiriera un nombre que honre á su patria. Nada más léjos de mi ánimo que poner defectos á quien aplausos merece, ni ser un dómine consejero, que mal puede dar consejos quien necesita recibirlos; mis palabras son la voz del amigo que le anuncia los escollos que en su opinion puede y debe evitar, y que tiene presente que

*Siempre fué el advertir
El Santelmo del errar;*

según decía hace dos siglos el insigne Don Juan Ruiz de Alarcón. El merecido triunfo que el señor Zubiaurre ha obtenido la pasada noche, más que satisfacción del momento, debe serle poderoso acicate para seguir una senda, en la que ha comenzado como muchos desearían acabar; y si como, por fortuna suya, ha desmentido los tristes presagios que de él hacíamos al verle salir premiado del Conservatorio, eso mismo le impone la estrecha obligación de deberse todo al arte y á la patria que ha acogido con entusiasmo sus traba-

jos. Según parece, el autor del *Don Fernando* va á emprender un viaje para continuar sus tareas: no olvide que Meyerbeer, saturado del procedimiento escolástico de Vogler, marchó á Italia, y después de pagar tributo con el *Crociato* al gusto que allí reinaba, vuelto á Alemania, la meditación y el estudio le hicieron crear un género propio y exclusivo, y al que debe el alto renombre que en el mundo goza: que Glinka, tras larga estancia en Italia y en nuestra España, dió nueva forma á los cantos populares de la raza slava, y echó con su *Vida por el Czar* el fundamento de la ópera rusa. El Sr. Zubiaurre, que tiene condiciones para ello, trate de imitar estos ejemplos; tenga presente que lo que hizo grande, á más de su inmenso genio, al pintor, al escultor, al arquitecto, al ingeniero, al poeta y músico, al «omnipotente en todo,» al decir de Michelet, al gran Leonardo de Vinci, fué la siguiente regla que él mismo compuso y se trazó como norma de sus trabajos y de su conducta:

Vogli sempre poter qual che tu debbi.

¡Y ojalá que con el tiempo podamos saludar en el aplaudido autor del *Don Fernando el Emplazado*, al fundador de la ópera española!

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de ciencias de Paris.

23 MARZO.

M. Alfonso Guerin da lectura de una Memoria sobre la influencia patogénica de los fermentos en las enfermedades quirúrgicas, y sobre un nuevo método de tratamiento en las llagas de amputación.

La Memoria del Sr. Guerin tiene hoy una triste importancia de actualidad en España, por lo cual llamamos la atención de los médicos militares y civiles encargados de los hospitales de guerra, sobre los siguientes apuntes que extractamos del citado trabajo académico.

Sabido es que de todas las enfermedades quirúrgicas, la más terrible es la llamada enfermedad contagiosa, conocida con el nombre de infección purulenta de pyohemia, y que se puede llamar con justicia el tífus quirúrgico. Por esta enfermedad son fatales la mayor parte de las operaciones quirúrgicas, hasta el punto de que durante la guerra de Francia sólo se salvó un amputado de cada treinta, y los médicos preferían dejar correr á los heridos la atrevida probabilidad de una curación operada por las fuerzas de la naturaleza, ántes que exponerlos á una muerte casi inevitable. Pero si esa afección que presenta la mayor parte de los síntomas de las fiebres palúdicas, no puede curarse, sin duda por la absorción repentina de los miasmas ó fermento, puédesse al ménos prevenir el desarrollo y

el contagio. Los miasmas no son más que fermentos que se multiplican hasta el infinito en los focos de infección; y habiendo descubierto M. Pasteur que aire filtrado á través de una capa de algodón en rama quedaba exento de fermentos, M. Guerin ha tenido la idea de aplicar una espesa capa de algodón sobre las llagas de amputación; y desde el día en que empezó á usarla, vió curar á todos los amputados que ha tenido ocasión de operar. El algodón, retenido por una fuerte compresa que impide al aire infiltrarse entre el miembro y la envoltura protectora, mantiene alrededor de las llagas una dulce temperatura, que es muy favorable para la cicatrización. La compresa con el algodón se deja durante veinticinco ó treinta días; con ella, el pus, al abrigo de los fermentos, no sufre ninguna descomposición pútrida, y naturalmente el primer resultado es ver á los enfermos sin fiebre, comer con apetito y no experimentar ningún dolor, ni aún en los vehículos de transportes.

Academia de Medicina de Madrid.

16 MARZO.

El Sr. Llorente refiere el caso de una ternera que tenía dobles las regiones tarsiana y metatarsiana. Un mozo de un fielato de Madrid, por donde entraban varias terneras muertas, cortó una pata á una de ellas para comérsela; pero al observar la expresada circunstancia la entregó á un veterinario, y este al Sr. Llorente, quien averiguó por el carnicero que compró la res que tenía todos los huesos dobles; pero se ignoraba si la pelvis estaba duplicada ó no, lo cual sería más importante.

—El Sr. Cortejarena refiere el caso de un niño de cuatro años y medio, á quien había hecho la operación de la talla por el procedimiento usado generalmente en esta escuela, la talla lateralizada; se le sacó un cálculo, y á pesar de los mejores reconocimientos, no se descubrió la existencia de otro; se terminó felizmente la operación, y á los quince días después salió de la clínica y se fué á su pueblo, para llegar al cual tuvo necesidad de andar dos horas en un carro; pasadas las cuales llegó en estado de agitación febril. Después de algunos días tuvo otro acceso, y el profesor descubrió un tumor duro circunscrito, que le hizo pensar en un nuevo cálculo, que poco tiempo después salió por la misma herida practicada al hacer la operación. Se extendió luego el doctor Cortejarena en las consideraciones á que se prestaba el curioso caso que acababa de reseñar, que puede ser de gran enseñanza.

Academia médico-quirúrgica española.

Continúa la importante discusión sobre la viruela y los medios más seguros y eficaces de evitar su creciente propagación. La mayoría de los Académicos reconocen las ventajas inconcusas de la vacunación, aceptando como el procedimiento más exento de inconvenientes el de la vacunación animal, puesto en práctica en el Instituto nacional de vacuna. Los doctores Ortega-Morejón y Ortega Cañamero, han manifestado dudas sobre las ventajas de la vacuna y de su virtud preservativa, á las que han contestado victoriosamente los señores Montejo y Lopez Nieto. Todos los viernes se celebran las sesiones, continuando tan impor-

tante como luminosa discusión, de la que procuraremos tener al corriente á nuestros lectores.

Sociedad de geografía de Paris.

6 MARZO.

M. Delesse da cuenta á la Sociedad de los trabajos preparatorios para el Congreso internacional de geografía, que anunciamos en el núm. 4 de la REVISTA EUROPEA.

—M. Bizemont llama la atención de la comisión de geografía comercial sobre el reciente descubrimiento hecho en Cochinchina de una alga llamada *tao*, susceptible de reemplazar á la planta japonesa importada por los ingleses, y por lo tanto, ahorrar á los tiradores de oro, fabricantes de flores artificiales y otros industriales los once ó doce millones que pagan cada año por este concepto á los ingleses.

M. Quatrefajes recuerda que Payen se había ocupado ya de esta sustancia con el nombre de *gelosa*, y cree que ciertas plantas marinas de las costas de Bretaña podían prestarse á utilidades semejantes.

—M. Gorceix presenta un resumen, bajo el punto geográfico, de los viajes que hizo en 1870 y 1871 á Macedonia, Tesalia y Epiro, con objeto de enlazar los trabajos geológicos de Viquesnel, en Turquía, con los de la comisión francesa enviada á Morea en tiempo de la Restauración. M. Gorceix acompaña una nueva carta, y señala multitud de errores en las cartas alemanas. La población se divide en dos grupos; uno de ellos habita los *Chiflicks*, aldeas pertenecientes á los turcos, á los cuales los indígenas están ligados por contrato, y á quienes cultivan las tierras como colonos; y el segundo grupo, el de los Kephalaouries, llevan las tierras en propiedad. M. Gorceix llama la atención sobre los Vlacos, nómadas que ejercen el oficio de pastores, y que evidentemente pertenecen á razas latinas, de las cuales tienen todos los caracteres físicos; hablan la lengua vulgar, pero consideran como madre á la latina, y este es otro dato para calcular que proceden de Valaquia.

M. Chancourtois indica algunos usos y costumbres de los transilvanos, que evidentemente están tomados de los romanos.

CORRESPONDENCIA DE BELLAS ARTES.

Roma, Marzo de 1874.

Sr. Director de la REVISTA EUROPEA.

Escrita á vuela pluma mi carta anterior, omití hablarle de muchos artistas y de muchas obras; cosa que no debe extrañar, en atención á que la colonia española es numerosa aquí, y no es fácil, en un momento dado, recordar á todos los que al arte se dedican.

Completando, pues, aquella ligerísima reseña, le diré que el pintor Luis Alvarez, premiado en las exposiciones de Madrid, termina en la actualidad un cuadro que representa la escena en que Figaro afeitó á don Bartolo, en la inmortal ópera del maestro Rossini. Luis Alvarez es el pintor concienzudo de siempre, que piensa mucho sus cuadros y sabe imprimirles ese sello de verdad,

que es una de las primeras condiciones de toda obra de arte. Este cuadro está vendido, y es repetición de otro vendido hace algun tiempo. Es de pequeño tamaño, segun el gusto de la época, gusto que no es seguramente el de muchos artistas, que preferirian pintar en grande, dando expansión á su talento, y no sujetándose á esa minuciosidad de factura que tan en moda han puesto los Meissonier y Fortuny, que tan difícil es y tantos sinsabores cuesta; pero quien pintase hoy cuadros grandes, correria el riesgo de no venderlos; y, como es natural, el artista, que necesita vivir de su trabajo, tiene que sujetarse á las exigencias de la época.

Francisco Peralta, pintor sevillano, que en la exposicion del 65, la primera que se verificó en la calle de Alcalá, tenia dos cuadros representando racimos de uvas, admirablemente hechos, y que tanto celebraron los criticos, ha pintado en Roma muchos cuadros, vendidos ántes de terminados, y en la actualidad concluye otro, vendido tambien, y que se titula *El polvo de rapé*. El asunto es un fraile que ofrece un polvo á una jóven.

Tenemos aquí ahora al pintor valenciano Ferrandiz, muy conocido en Madrid, y autor, como usted sabe, de aquel delicioso cuadro que estuvo en la última exposicion, titulado: *De ménos nos hizo Dios*, y que representaba una coleccion de descamisados pilluelos jugando á los soldados; cuadro que tanto gustaba, y que no se podia mirar sin reir; tal era su chiste y la verdad de aquellas picarescas cabecitas.

No es únicamente este género el que cultiva Ferrandiz, y bien lo demuestra el cuadro que ha pintado ahora, vendido ántes de concluirse á Goupil, y que representa el magnífico estudio de Fortuny, y en él tres *amateurs* examinando un precioso vaso antiguo. En este cuadro todo es verdad; figura una escena que diariamente se verifica en el estudio de Fortuny, tan visitado por cuantos extranjeros notables llegan á Roma, y, además, está muy bien pintado.

El madrileño Herrer, compañero del malogrado Rosales, Palmaroli y demas artistas que estudiaban en Roma hace diez ó doce años, acaba de vender una figurita á Goupil, y á un señor suizo que reside aquí, un cuadro que representa unas monjas en el coro. Este cuadro no está más que manchado, y tiene que pintarse aún.

El excelente colorista Narciso Ruiz, de Cáceres, concluye en estos momentos un precioso cuadro que representa una maja acechando desde la esquina de una calle, en la que trata de ocultarse, á un majo que se aleja dando el brazo á una mujer. Es un cuadro precioso, con muchísima verdad, en el que se ve la mujer celosa dispuesta á mover un escándalo y cuidándose poco del qué dirán. No puedo ver este cuadro sin recordar en él acto los sainetes de don Ramon de la Cruz, porque me parece que aquella maja ha de encontrar á la otra y ha de haber entre ellas gritos y repelones; tal es la verdad de la figura y su enérgica expresion. Este cuadro está vendido.

German Alvarez, artista jerezano, pinta un lienzo de un metro de largo por setenta y cinco de alto, en el que representa una broma de majos despues de una comida. Titula el cuadro *Despues de los postres*, y es una escena tan agradable como animada. Este jóven empieza muy bien su car-

ra artística; ha vendido, apénas terminados, los cuadros que ha hecho, y el que actualmente pinta lo venderá, sin duda, á buen precio, porque es bueno de composicion, de dibujo y de color; hay en aquellas figuras mucho movimiento, y están perfectamente encontradas.

Entre la brillante falange de jóvenes que empiezan la difícil carrera del arte, se encuentra tambien el sevillano Virgilio Mattoni, quien en la actualidad pinta una tablita de unos cincuenta centímetros de largo y proporcionalmente alta, en la que representa *Una leccion de heráldica*: así se titula el cuadro. El fondo está tomado de un riquísimo salon del palacio Colonna, y el grupo principal de la composicion lo forman un niño sentado en regio sillón, oyendo distraido á su profesor sentado enfrente de él y al otro lado de la mesa, y que, libro en mano, le explica el blason. Otras figuras armónicamente dispuestas completan la composicion, que resulta muy natural y agradable. Este cuadro está bastante adelantado, y su autor lo remitirá á Paris, donde ha vendido todos los suyos.

Otro de los aventajados jóvenes de la colonia artística es Ricardo Madrazo, quien lleva un apellido que obliga á mucho en la esfera del arte. Así lo comprende sin duda este simpático jóven, quien dotado de esclarecido talento y de una laboriosidad poco comun; teniendo una aficion decidida por el arte á que se ha dedicado, ha de conseguir algun dia ponerse al nivel de su hermano Raimundo, que tanto honra al arte español en Paris. Ricardo Madrazo pinta en la actualidad un cuadro titulado *Los memorialistas*. Es su primera obra, y sin duda resultará muy apreciable.

Entre los pensionados por las Diputaciones provinciales, tenemos aquí á Nicolás Megía, bastante conocido entre los artistas madrileños. Este jóven, tan laborioso como todos los que aquí residen, sigue el buen camino; no ha empezado desde luego á hacer cuadros, empresa árdua, que el ardor de los pocos años hace acometer á otros ántes de tiempo, sino que estudia el natural en su estudio, al aire libre, en la academia, en todas partes donde encuentra un objeto cuyo aspecto raro, cuyas líneas artísticas le hagan digno de ser trasladado al lienzo ó al papel. Actualmente tiene terminada una figura de tamaño natural, representando una *ciociara* con su pintoresco traje, del que tanto partido obtienen los artistas. Este estudio está muy bien pintado y será remitido á la Diputacion de Badajoz, segun creo. ¡Lástima grande que la corta pension de que disfruta este artista le coarte casi siempre, impidiéndole dedicarse en condiciones convenientes al difícil estudio que ha emprendido, y en el que tan brillantes resultados puede obtener! Créese muchas veces que señalando diez mil reales de pension á un artista, puede vivir y estudiar. ¡Qué error tan grande! Es materialmente imposible que el artista más modesto pueda vivir hoy en Roma con esa cantidad, que apénas puede bastar para los gastos imprescindibles de la vida; y es muy doloroso tambien ver jóvenes de talento, laboriosos, con vivísimos deseos de adelantar en su carrera, luchando un dia y otro dia con mil dificultades originadas por la exigüidad de la pension de que disfrutan. Si hubo un dia en que con esa cantidad se vivia desahogadamente en Roma, hoy, que es tan cara la vida en esta capi-

tal como en Lóndres, deberian las Diputaciones aumentar algo las pensiones con que favorecen á los artistas, cosa que éstos y el arte patrio les agradecerian mucho. Pero ¡quién pide nada en estos tiempos en que todo es poco para atender á las calamidades que caen sobre nuestro desgraciado pais!...

En condiciones completamente opuestas se encuentra el joven artista sevillano D. José María Manellas, quien libre de las preocupaciones que trae consigo una pension corta y con mil dificultades pagada, puede dedicarse libremente al arte que, con grande aprovechamiento, cultiva. Este joven ha pintado algunos cuadros en Sevilla, y en Roma ha empezado uno titulado *Despues de la ríña*, que probablemente terminará en Sevilla, y que creo mandará despues á la Exposicion que trata de establecerse en la antigua casa-platería de Martinez, en esa. Este cuadro, de composicion sumamente original y agradable, representa el interior de una taberna de principios del siglo; en ésta taberna ha ocurrido una pendencia, segun indican las mesas volcadas, las sillas revueltas, las botellas y vasos rotos, y algunas prendas y armas por el suelo: los contendientes han huido, y la justicia,

«Que no siempre llega á tiempo,»

ha ocupado el local, viéndose un alcalde de casa y corte sentado con toda la prosopopeya propia de su importante cargo; el tabernero asustado, varios corchetes que registran, el escribano que escribe las primeras diligencias, y algunas mujeres que asoman con curiosidad la cabeza por entre las puertas, produciendo un conjunto altamente armónico y pintoresco. Este cuadro será bastante bueno, porque Manellas es joven de talento, que ha adelantado mucho en el corto tiempo que cultiva el arte, y lo pinta con verdadera pasion.

Temo hacer demasiado larga esta desaliñada carta, y sin embargo aún debia hablar de varios artistas, entre ellos, Manuel Jimenez Arana, hermano de los dos pintores D. José y D. Luis, de quienes hablé á V. en mi primera correspondencia. Este joven tiene concluido un cuadro representando unos sacerdotes en el coro de la iglesia de Asisi. El fondo es tan precioso como lo es todo lo que se toma de esta iglesia, verdaderamente notable; y las figuras están bien pintadas y acertadamente dispuestas. Este cuadro se llevará á Paris dentro de breve tiempo, y es seguro que, á pesar del mal tiempo que corre para ventas, encontrará comprador. Manuel Jimenez es joven de buenas disposiciones y tiene á su lado á su hermano D. José, que es un excelente maestro, cuyos cuadros enseñan mucho.

No quiero fatigar por más tiempo á los ilustrados lectores de la REVISTA, y termino dedicando cuatro palabras al escultor madrileño Sr. Moratilla, establecido aquí hace muchos años. Este artista, que siempre tiene encargo de considerable número de obras, hace ahora el retrato del príncipe Borghese, busto en mármol, tamaño natural; y el de la princesa Sulmona, medio tamaño, figura entera en mármol y traje de montar. Son dos obras dignas de su cincel que le valdrán honra y provecho. Además tiene encargada para América una copia en mármol de la fuente de los Leones de la Alhambra, y un monumento para el mismo pais. Moratilla es uno de los escultores que más trabajan y más reputacion tienen.

Aún tengo que hablar á V. de otras obras y otros artistas, pero lo dejo para nueva ocasion.

X.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

En Valencia acaba de celebrarse una exposicion de bellas artes, importantísima por las obras que se han presentado. Catorce pintores y siete escultores han concurrido con cuarenta y dos cuadros y veinte obras de escultura; total veintinueve expositores y sesenta y dos obras. Como se ve, la escuela valenciana no se duerme sobre sus laureles, y mantiene siempre encendido el fuego sacro de las exposiciones, que son la vida del arte. Esta exposicion se ha verificado bajo la proteccion del Ateneo de aquella ciudad, corporacion que es una de las primeras de España, y que bien puede estar orgullosa de los eminentes servicios que presta á las ciencias y á las artes.

El Sr. Breel ha presentado cinco cuadros, *el Calvario*, *la Muerte de Agripina*, dos escenas del *Don Alvaro* del duque de Rivas, y *La sorpresa*. Este último representa la despedida de dos amantes sorprendidos por unos guerreros, y ha llamado mucho la atencion.

El Sr. Domingo ha presentado una cabeza, estudio del natural, de gran mérito.

Del Sr. Monleon ha admirado el público tres marinas, dos del puerto de Valencia y una del Canal de Brujas.

Un pintor que promete mucho, el Sr. Franco, ha presentado dos *barracas del Lazareto*, una *Cordelera*, y un cuadro de historia titulado *Premio y castigo*.

Una cabecita de mujer que ha presentado el Sr. Cortina revela gran delicadeza de ejecucion; lo mismo que el *Cementerio de Morella*, presentado por el Sr. Gomar, que es, además, un cuadro muy bien sentido.

El Sr. Peiró ha expuesto una *Batería* y un *Armero*, bocetos en que hay mucha verdad; el señor Benlliure una *Escena del Carnaval*, que se distingue por el dibujo; el Sr. Serret, dos perdices muertas, una cabeza de mujer, y una *barbería árabe*; bonito estudio de interior, y el Sr. Muñoz un paisaje agreste, titulado *El tallat roig*, de vigorosa entonacion.

Seis obras ha presentado el Sr. Montesinos, una acuarela muy bien hecha, y cinco paisajes del natural; y ocho el Sr. Genovés, que ha dado pruebas de aficion y laboriosidad. El Sr. Louwestein ha presentado cuatro, de los cuales el más notable es uno que representa las cercanías de Valencia.

Una copia de Vergara, del Sr. Soto, y dos fotografías iluminadas del Sr. Carbonell completan la exposicion de pinturas.

La escultura ha estado representada dignamente en esta exposicion por una estatua de gran tamaño, titulada *¡Qué dirán!* del Sr. Juliá, y tres bustos, uno de ellos del Sr. Breton de los Herberos, del mismo autor; San Juan, el Salvador, la Magdalena, y un bajo-relieve de yeso de D. Felipe Farinós; un busto, un San José de madera, *Bruto y Lucrecia*, y una *grupa valenciana* del Sr. Chilbert, un estudio de ropas, y tres bocetos en bar-

ro representando á *Cervantes*, *Eudoro* y *Cimodocia*, y David preparándose á combatir con Goliath, de D. Carmelo Farinós; un modelo de la *Comedia* del Sr. Santigosa, para servir de *pendant* á la *Tragedia* que presentó en el verano último; un Santo Tomás de Villanueva, y una Concepcion, del señor Soria; y la *Cogida del torero*, en cera, del Sr. Benlliure. Todas estas obras han llamado poderosamente la atención; en general la escultura se ha manifestado muy superior á las exposiciones anteriores.

Sentimos que la falta de espacio, y el haberse cerrado ya la exposicion, nos impida entrar en más detalles de este certámen artístico, que ha sido verdaderamente notable.

* * *

En el próximo mes de Mayo navegarán entre Francia é Inglaterra el vapor *Bessemer* y los bajel gemelos de Dicey, construidos con ciertas condiciones para evitar el mareo. Veremos si lo consiguen.

* * *

En Paris se están haciendo grandes trabajos para fabricar un combustible inventado por M. Pagliari, compuesto de petróleo, colofonio, polvos de carbon vegetal y de hulla, aserrin de madera, y yeso. Los experimentos parecen revelar que 1.000 kilogramos de esta nueva composicion dan, al arder, el mismo resultado que triple cantidad de hulla.

* * *

La fabricacion de papel barato es un problema que la industria estudia actualmente, porque parece que es fácil utilizar cada año, como primera materia, grandísimas cantidades de bagazo, ó sea el residuo que queda de las cañas dulces despues de esprimidas; materia que hasta ahora sólo servia de combustible y abono, y que aplicada á la fabricacion del papel dará grandes resultados, porque se produce en regular cantidad en España, y de un modo extraordinario en Cuba.

La importancia de este descubrimiento se comprende perfectamente con sólo saber que los cálculos practicados al efecto dan la posibilidad de que la pasta hecha con el bagazo puede obtenerse por ménos de la tercera parte del coste de las pastas de esparto, trapo y demas que hoy se usan. El procedimiento para convertir el bagazo en pasta de papel es muy sencillo.

* * *

El gobierno alemán acaba de decretar la vacunacion obligatoria para todos los niños ántes de cumplir dos años; y la revacunacion, obligatoria tambien, para todos los escolares á los doce años, si no han tenido la viruela ántes de este plazo. Los demócratas-socialistas del Reichstag han hecho en vano gran oposicion á esta medida, fundándose en los terribles efectos de la vacunacion en la economía del hombre, y citando casos de enfermedades inoculadas por la vacuna.

* * *

Ha fallecido en San Petersburgo el inventor de la galvanoplastia, M. Jacobi, uno de los sabios más ilustres de Europa.

* * *

Las óperas de maestros españoles van abriéndose camino, y era tiempo de que así sucediese.

Además de *Don Fernando el Emplazado*, del señor Zubiaurre, que se ha puesto con grande éxito en el teatro nacional; además de la *Edita de Belcourt*, del maestro Obiols, que tambien ha sido muy aplaudida en el teatro del Liceo de Barcelona, va á ser puesta en escena en la misma ciudad *El último Abencerraje*, música del maestro español D. Felipe Pedrell, cuyo argumento está arreglado por el Sr. Fors de Casamayor, tomado de la obra de Chateaubriand, del mismo título.

Tambien en el teatro nacional se cantará dentro de pocos dias el cuadro lírico del Sr. Arnao *Las naves de Cortés*, con música del Sr. Chapí, premiado en los últimos concursos.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

CUENTOS NEGROS Ó HISTORIAS EXTRAVAGANTES, por Don Rafael Serrano Alcázar. Un tomo en 8.º Abacete, 1874.

Siete novelitas contiene esta coleccion: *El cuervo blanco*; *La carcajada de un muerto*; *Un alma en pena*; *La casa del verdugo*; *El árbol de Iphigenia*, *Martirologio* y *El espíritu de Demócrito*, que se habian publicado en las columnas de algunos periódicos, y que ahora reúne su autor, con un bien escrito prólogo del Sr. Fernandez Guerra.

Las leyendas de Serrano Alcázar tienen toda la gulanura de su estro poético, toda la novedad de su ingeniosa invencion y toda la buena moral de un escritor de la buena escuela; y demuestran que las áridas ocupaciones del bufete de abogado no apagan la inspiracion en el alma del que nació para la vida del arte.

* * *

LA BARONESA, por Paul de Kock. Un volumen de la Biblioteca festiva. Medina y Navarro, editores, Madrid, 1874. (Véase la tercera plana de la cubierta de este número.)

Al dar cuenta de la aparicion de un nuevo libro de Paul de Kock, poco ó nada hay que decir al público. *La Baronesa* es un libro como otro cualquiera del mismo autor, ameno, divertido, retrato de costumbres populares, moral en sus tendencias y en su objeto, á pesar de lo que han escrito en contrario muchas personas, risueño ó triste, segun las situaciones, pero siempre verdadero y gráfico y dentro de las condiciones esenciales de la novela. A esta obra seguirá *Andrés el saboyano* y las demas de Paul de Kock, hasta formar la coleccion completa.

* * *

BOLETIN-REVISTA DEL ATENEO DE VALENCIA; número 92, del 30 de Marzo. Valencia, 1874.

Esta importante publicacion, que debiera tener imitadores en nuestras provincias más importantes para honra de la literatura patria, contiene en su último número un artículo sobre la armonía de la ciencia y el arte con la religion, por D. Julio Magraner, un estudio acerca del magnetismo y del espiritismo, por el Sr. Serrano Cañete, el drama *Atila*, de D. Enrique Gaspar, y otros varios trabajos muy apreciables.